

A. 50718

DISCURSO
Leído ante la

UNIVERSIDAD LINGÜÍSTICA DE GRANADA
en la solemne apertura
del Curso Académico de 1876 - 77
por el

DR. DON FRANCISCO JAVIER MONTE
Catedrático
de la Facultad de Filosofía y Letras.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA
N.º Documento <u>247281</u>
N.º Copia <u>247293</u>



Ilmo. Sr. :

Favorecido con un cargo sumamente satisfactorio, pero superior a mis fuerzas; ocupado hoy esta Cátedra que han honrado tantos profesores eminentes, yo el último de los que componen el claustro de esta antigua y célebre Universidad literaria, me veo precisado a implorar, no sólo por respeto y cortesía, sino con grandes veras y necesidad, la benévola e indulgente atención del dignísimo Superior cuya orden cumpla y de todo el concurso que, ilustrado y distinguido, como de costumbre, asiste a tan lucido acto. Al prepararme para esta grave prueba, al buscar asunto que fuera oportuno y propio de este sitio respetable, de esta ocasión solemne y del cargo que profeso, he creído que debía decir algo en materia de enseñanza, algo encaminado a su mejora y progreso, algo también relacionado con nuestra ilustre Granada, madre fecunda y generosa de grandes ingenios, recordando en particular alguna de sus más brillantes glorias, menos celebrada hoy día entre nosotros

de lo que requieren la justicia y el patriotismo.

Entrando, pues, en materia, y contando, como cuento, con la indulgencia de un auditorio tan interesado por los progresos de la enseñanza, ¿ cómo puedo empezar sin lamentar ingénuo y profundamente la decadencia científica literaria y artística que hoy presenta la sociedad española y europea; decadencia que todos ven, que todos reconocen y que confiesan a cada paso los testigos más abonados e imparciales ? (1) No me detendré en describir los gravísimos síntomas que ofrece tan peligroso mal, pues son harto patentes a vuestra ilustrada observación; básteme decir dos palabras sobre su causa y origen y algunas más en orden a su remedio.

Sobre la causa del mal presente ¿ qué nos enseñan la razón y la historia? Discurriendo recta y lógicamente, la decadencia de la civilización española y europea se debe al abatimiento y menoscabo de los principios que la engendraron y produjeron; de las ideas, luces e instituciones que tanto engrandecieron a nuestra patria y a la Europa entera en los pasados siglos. " La

muerte de una sociedad (dice un gran pensador moderno) no es otra cosa que la extención de toda verda social (2)." Así, pues, el mal de que nos quejamos, este mal que se avecina a la muerte, no se debe a otra cosa que al abandono de la verdad, a los golpes que ha sufrido el catolicismo, único elemento civilizador de Europa, y en particular de nuestra patria, verdadero y único autor de las grandezas ciertamente prodigiosas, que animados de aquel espíritu, realizamos en ciencias, artes, literatura y en toda institución social. Bien lo notó y expresó una de las mayores lumbreras de nuestro siglo, el gran Donoso Cortés, diciendo que " al compás mismo con que se disminuye la fe se disminuyen las verdades en el mundo, y la sociedad que vuelve la espalda a Dios, ve ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos los horizontes." (3). Pues si consultamos la historia, veremos que esta decadencia viene en rápido y creciente progreso desde la segunda mitad del siglo pasado, en cuya desdichada época, decaída la fe, y con ella todos los principios sociales, en las naciones más poderosas e influyentes

del continente europeo, aparecieron los enciclopedistas (4), sofistas (5), pedantes (6), y eruditos a la violeta (7) que tan prodigiosamente se han multiplicado en nuestro tiempo. A este desmayo en la fe, a esta grande apostasía de las naciones católicas, inficionadas por el protestantismo inglés y germánico, se deben todos los golpes que de un siglo acá vienen sufriendo el arte y la literatura, la ciencia y la enseñanza. A ello se debe la expulsión de los Jesuítas, a cuyas incomparables escuelas, sin rival en el mundo, han rendido el tributo de su admiración el inmortal Cervantes (8), el gran inovador Descartes, los protestantes Leibnitz y Grocio (9) y nuestro coetáneo Gil y Zárate (10), tan preocupado contra la enseñanza clerical, y cuya irreparable pérdida han lamentado en sentidas páginas el insigne Chateaubriand (11) y el anglicano Coxe (12). A ello se debe la supresión de los antiguos colegios mayores, plantel fecundo de hombres eminentes en todas las carreras del Estado (13), y posteriormente la de no pocas Universidades (14). A ello se debe la extinción de los institutos monacales, cuyos innumera

bles estudios daban instrucción a setenta mil individuos y derramaban copiosamente los torrentes de la educación moral, religiosa e intelectual hasta los más ocultos rincones del suelo español (15). A ello también se debe el despojo y ruina de numerosas y riquísimas bibliotecas que acreditaban la grande ilustración del clero y de las órdenes religiosas; a ello la pérdida y destrucción de magníficas obras de pintura, estatuaria y arquitectura que constituían la gloria y el ornamento de nuestro país (16). A ello se debe la invasión de tantos libros, folletos y periódicos, ora frívolos y superficiales, ora impíos y disolventes, que han procurado desarraigar de nuestro suelo cuantos gérmenes de verdadera ilustración y cultura implantaron por espacio de muchos siglos tantos filósofos y pensadores, sabios y poetas, artistas y literatos eminentes, asombro y envidia de la Europa civilizada, (17), disipando juntamente el espíritu y borrando el carácter propio y tradicional de nuestro gran pueblo. A ello, por último, se debe la irrupción en nuestra literatura de y en nuestras escuelas del mortal racionalismo y del torpe krausismo, de esa secta filosófica, tan graciosa y discretamente

ridiculizada por un ingenio de nuestros días ante uno de los más insignes institutos literarios de nuestro país, la Real Academia Española (18).

Expuestas ya brevemente las causas de esta lastimosa decadencia, me propongo indicar su remedio; y para ello nada juzgo más acertado que apuntar algunos recuerdos de nuestra pasada grandeza que levanten el ánimo de la postración presente, elevándolo hasta la fuerza productora, hasta la virtud superior que causó aquellos prodigios. Y recordando con un historiador romano (19) que todo poderío se conserva fácilmente por los mismos medios que le iniciaron, yo os haré ver cómo la fe católica, que según confesión de todos (20) engendró la maravillosa alteza de nuestra civilización, es poderosa para restaurarla. Prescindiendo de otras glorias que ilustran nuestros magníficos anales, desplegaré a vuestra vista una página no más de nuestros siglos de oro, y trazaré a grandes rasgos el leoncio de un sabio eminente, de un pensador profundo, de un ingenio de primer orden, de un doctor perfecto, que quiero proponer a la juventud estudiosa como acabadísimo dechado de imitación,

donde vea prácticamente que el temor de Dios es principio y cimiento de la verdadera sabiduría, de la buena y fructuosa enseñanza. Este hombre superior, en cuyo aplauso se hacen lenguas propios y extraños, pero más conocido y admirado hoy fuera que dentro de su patria, es EL DOCTOR EXCMO FRANCISCO SUAREZ, honra inmortal de España y de la insigne Compañía de Jesús. Produjole nuestra culta y poética Granada, al siglo de su feliz restauración, al par con muchedumbre de sabios, ingenios y personajes eminentes (21), desvaneciéndose con tan venturosa e ilustre fecundidad los últimos recuerdos de la ponderada ciencia y civilización arábica, como brillante sol que disipa el pálido fulgor de los astros nocturnos.

Nacido, pues, en esta ciudad, el 5 de Enero de 1548, bautizado en la antigua parroquia de Santa Escolástica, y destinado por sus nobles y generosos padres (22) a una carrera literaria, después de cursar en su patria humanidades, a los trece años de su edad, fué enviado a estudiar derecho en la Universidad de Salamanca, muy floreciente a la sazón. A los diez y siete entró

en la Compañía de Jesús, estudiando en su colegio filosofía y teología, mereciendo a los veintitrés ser enviado a enseñar filosofía en el colegio de Segovia, donde un año después recibió las Sagradas Ordenes. Pero no es mi propósito trazar una biografía de mi héroe (23), sino tan sólo proponerle como dechado y modelo de cristiana y verdadera sabiduría; recordaré, pues, con la brevedad posible sus excelencias, virtudes y merecimientos, que si dignos siempre de elogio, lo son hoy en más alto grado por el contraste que forman con los vicios y defectos de nuestra edad, y por el eficacísimo remedio que produciría su imitación. Y como protesta contra el abandono que hoy muestran los padres de familia en orden a la educación moral e intelectual de sus hijos, empezaré notando que los de Suárez, aun más cristianos que nobles y distinguidos, procuraron ante todo sembrar en su alma los gérmenes de la piedad, buscándole después maestros, en cuyos ejemplos y disciplina aprendiese las reglas de la virtud juntamente con los rudimentos del saber. Enviado por ellos a la Universidad de Salamanca para que cursase los estudios superiores en

aquellas doctísimas escuelas, celebradas a la sazón en toda Europa, Dios que guía venturosamente los pasos de los buenos, le condujo allí en un tiempo en que la admitable elocuencia cristiana del padre Juan Ramírez, de la mencionada Compañía, corregía los vicios y desórdenes que fácilmente se desarrollan en la juventud tan numerosa como la que frecuentaba aquellas aulas, logrando en una sola Cuaresma que más de quinientos escolares, renunciando a la libertad, a las riquezas y a las ilusiones de su florida edad, se abrazasen con la Cruz del Redentor, siguiendo las banderas de diferentes institutos religiosos. Asombroso parece lo que acabo de referir; per téngase en cuenta que en aquella Atenas española, que a la sazón estaba en su apogeo, no obstante la competencia que la hacían otras Universidades, se llegaron a contar veintidós colegios y siete mil escolares. Uno de los cautivados por la palabra evangélica del padre Juan Ramirez fué nuestro joven Francisco, que preparado a ello por la educación paterna, entró en la ilustre familia religiosa de aquel varón apostólico, logrando tener por maestros de su espíritu

a los varones de más elevada perfección que venera la Compañía. Tales fueron el venerable padre Martín Gutiérrez (24), a quien Santa Teresa vió un día entrar triunfante en el Cielo con la palma del martirio, y el iluminado padre Baltasar Alvarez, an cuyo elogio bastará decir que en su escuela cursó aquella incomparable Santa Doctora. Y a este propósito, hoy que rebajado el principio de autoridad, los alumnos olvidan con harta frecuencia el respeto y consideración debidos a sus profesores, creo oportuno recordar que nuestro Suárez quedó tan obligado a la enseñanza espiritual recibida del padre Alvarez, que siendo aún estudiante en Salamanca, pedía licencia todos los años para ir a Medina del Campo, donde su antiguo maestro residía, y caminaba catorce leguas sólo por verle y escuchar su celestial doctrina.

Dirigido y cultivado tan acertadamente su privilegiado ingenio, endoctrinado de tal modo por aquellos benditos padres y maestros, como llamó Cervantes a los religiosos de la Compañía (25), produjo los sazonados frutos de letras y virtud que voy a proponer como espejo clarísimo de sabiduría y como correcti

vo de los defectos que hoy la afean. Con la superficialidad moderna contrastan la profundidad y solidez con que estudiaba Suárez, siendo tanta su aplicación, que aun después de haber arribado a los primeros puestos en la enseñanza, consagraba al estudio nueve horas cada día. Para aprovechar el tiempo huía de toda tertulia, visita, y coloquio inútil, que llamaba " ladrones de lo más precioso " ; evitaba toda otra comunicación que la de su Dios y sus libros; y aun estando de viaje, continuaba como podía sus tareas, apuntando en las posadas, con detrimento del preciso descanso, el fruto de sus estudios y meditaciones. De su incansable aplicación y actividad dan fe los veintiocho volúmenes en 4^o mayor, que forma la edición de sus obras, hecha hace pocos años en París. De su celo por la enseñanza da testimonio el fruto copiosísimo que cosechó en sus aulas durante los cuarenta años que ejerció el magisterio. Formáronse en su escuela varones admirables y famosos por su sabiduría y virtud, así españoles como extranjeros, entre ellos Leonardo Lessio, Muzio Vitellesqui, Enrique Garner, Jacobo Gordon, Pedro Arrubal, Jerónimo de

Florencia, Luis de La Puente, Jerónimo Ballester y Francisco Ramírez, todos ellos grandes ornamentos de las ciencias, de la Compañía, de la Iglesia y de sus respectivas naciones. (26)

Contra el espíritu innovador, o mejor dicho destructor, de la moderna sofistería, os diré que Suárez, en su inmenso saber, no presumió destruir el antiguo escolasticismo, sino purgarle solamente, como lo consiguió, de los defectos que habían penetrado en el método y sistema de sus cultivadores; y la mayor prueba de ello es que mereció ser llamado el príncipe de los escolásticos (27). Suárez, como ya lo notó un autor competente, (28), rindió tanto culto a la autoridad del Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, que no dudó asegurar (Proleg. VI de Divina gratia, cap. 6) que " in explicandis fidei mysteriis ceteris ipse scholasticis theologis antefertur et primis Ecclesie doctoribus comparatur ". Por lo cual un autor moderno, de gran voto en la materia, el insigne Fray Zeferino González, actual Obispo de Córdoba, cuenta a Francisco Suárez entre los "grandes discípulos de la Escuela de Santo Tomás, que han comprendido y penetrado a fondo el espíritu y tendencias de

su filosofía ". Es cierto, sí, que los émulos de Suárez delataron más de una vez como nuevas y sospechosas algunas de sus doctrinas e interpretaciones; pero es cierto asimismo que, a diferencia de algunos autores modernos, a quienes el amor propio agraviado ha conducido hasta la apostasía, nuestro maestro sometió humildemente su doctrina al oráculo infalible de la fe, y, demostrando la ortodoxia de sus opiniones, logró verlas autorizadas por la Sede Apostólica. (29)

Con la insoportable presunción de los que hoy día se tienen por sabios, forman el más completo contraste la modestia y humildad singularísimas que Suárez mostró siempre en su persona, en su trato y en sus escritos; sin que fuesen parte a desvanecerle los aplausos y aceptación que obtuvo enseñando filosofía y teología en los colegios de Segovia, Avila y Valladolid, en el ya famoso Colegio Romano y en las célebres universidades españolas de Alcalá, Salamanca y Coimbra, así como también publicando sus admirables escritos que muy presto alcanzaron celebridad europea. Si poseemos su retrato, no le de-

demo ciertamente a voluntad suya, sino a la traza y ardid que para obtenerle sin su conocimiento emplearon sus coetáneos y admiradores (30). Esta cristiana virtud de la humildad, replandeció claramente en nuestro insigne Suárez, cuando recurriendo a Su Santidad en una ocasión solemne y en un asunto que importaba altamente a su propio honor y al crédito de su orden se llamó "gusano" (31). Resplandeció constantemente en el empeño con que procuró y consiguió declinar los altos cargos y señalados honores a que le hizo acreedor su mérito. Habiendo pasado a Roma a defender cierta doctrina suya asiriminada por sus émulos, después de lograr cumplidamente el objeto de su viaje, abandonó aquella corte, rehusando humilde pero tenazmente las grandes honras con que el Papa Paulo V deseaba premiar sus merecimientos y utilizar sus dotes. (32) Como a su regreso de Roma pasase por Madrid para promover por orden de su general graves negocios de su instituto, y el rey Felipe III que gobernaba a la sazón nuestra vasta Monarquía, quisiese detenerle para servirse de sus talentos en sus consultas y asuntos más importantes del Estado, Suárez, como escribe un biógrafo

suyo, huyó las veneraciones de la corte, los halagos del poder y las cercanías de la magestad, tan ambicionadas comunmente, volviéndose a su Cátedra de Coimbra (33). Estando en este puesto, ocurrió que el Obispo de aquella ciudad, al aprobar el famoso libro de Suárez, titulado DEFENSA DE LA FE CATOLICA, le llamó " por su eximia sabiduría comprobadas por tantos monumentos, el maestro común de aquel tiempo y otro San Agustín ". El humilde autor pidió rendidamente que se borrasen aquellas palabras, asegurando " que era indigno de ser contado entre los discípulos de aquel Santo Doctor; mas en vano, porque el Obispo le replicó: lo escrito escrito queda ", añadiendo festivamente que en esto sólo quería pareerse a Pilato(34). Con su humildad y modestia, con su afabilidad y dulzura cautivaba el afecto de sus discípulos, y logró que muchos de ellos entrasen en la Compañía, en tre ellos Luis de La Puente, tan famoso después por su santidad y escritos ascéticos, que rivalizan en unción y elocuencia con los del gran Luis de Granada. Pero callando otros muchos rasgos de su modestia que podría citar y que se hallarán en sus biógrafos, no quiero pasar en silencio el elogio que

a este propósito rinde a nuestro Suárez en un libro reciente el sabio alemán Hurter. Dice así; " En tanta altura de letras y reputación, ningún mérito hallábase en sí mismo hallándose inferior a todos y bajando con verguenza los ojos al oír sus alabanzas. Para evitar elogios y atenciones, huía el trato de los hombres; con frecuencia consultaba a sus mismos discípulos, les encargaba el examen y revisión de sus obras, y si por acaso hallaban en ellos alguna cosa censurable, la cambiaba y corregía de buen grado. Pero al menospreciar su propia honra, era celosísimo de la ajena. Jamás deprimió el ingenio ni la fama de otros, antes bien solía ensalzar con elogios a los que en opinión de los demás parecían menos laudables. Al tomar parte en las controversias científicas (tan frecuentes a la sazón en las Universidades) jamás se le escapó alguna palabra punzante, ninguna pulla, ni señal de menosprecio (35)." Y a este propósito no quiero omitir un hecho apuntado por el mismo Hurter (pag 358). Presidiendo Suárez una discusión en la Universidad de Coimbra, otro teólogo de la Compañía, el Padre Cristóbal Gil, de nación portugués, le arguyó con tanto ingenio y

maestría, que nuestro modesto granadino exclamó: " No sé por qué me han llamado de otra nación para desempeñar la cátedra de Coimbra, habiendo en Portugal hombres tan eminentes como el Padre Gil." Con razón, pues, dice otro escritor que; " Suárez profesó la gran sabiduría y excelente perfección de tenerse en na da a sí mismo y sentir bien y ventajosamente a los demás." por cuya rara virtud mereció el título singular de "escritor modestísimo" (36).

Hija sin duda de tan profunda humildad fué otra señalada virtud que brilló en Suárez y de que necesitan muchos los hombres dedicados al estudio de las ciencias y las letras, a quienes un poeta romano calificó de irascibles: " iritabilum genus vatum". Esta virtud fué la paciencia heroica con que sufrió la persecución de sus enemigos y los insultos de los que contradecían y calumniaban su doctrina; pero con ser tan admirable su modestia y tanta la moderación y dulzura con que defendía sus opiniones y combatía los errores ajenos, tuvo hartos rivales y enemigos inspirados por la emulación y por la envidia. A muchos de ellos desarmó y ganó la mansedumbre de Suárez, convirtiéndolos de ému-

los y adversarios en amigos y parciales (37).

Con la dissipación moderna, con el regalo y el vicio que hacen tantos estragos hacen en toda la sociedad y muy particularmente en la juventud y gente de letras, envenenada por lecturas inmorales, contrastan dos grandes virtudes que resplandecieron en Suárez, virtudes que tanto allanan el camino de la sabiduría y que tanto lustre y realce le prestan; una continua templanza, o mejor rigurosa abstinencia, y una pureza angelical que conservó toda su vida. Ayunaba tres días cada semana, diariamente laceraba su cuerpo con rigurosas disciplinas dormía sobre durísimo lecho, mortificábase en todo; encendido en la caridad de Dios y del prójimo, trabajaba con gran celo por la salvación de las almas, y despegado de sus deudos, acudía deligente a socorrer toda necesidad verdadera (38), en una palabra, fué tan extremado en toda virtud, que a juicio de muchos autores, no es posible resolver en qué rayó más alto, si en santidad o en ciencia (39). « Sólo atendió (dice un autor de su siglo) a dos cosas en este mundo a ser sabio y a ser santo; no tuvo otros deseos ni gustos sino en las letras y en la virtud (40)».

Pero en esta santidad hay una excelencia que más debo recomendar a la juventud estudiosa, por lo mismo que es más rara en este tiempo de librepensadores, racionalistas y espíritus fuertes, que para ganar fama de sabios, hacen los más abominables y ridículos alardes de incredulidad. El Doctor Eximio sobresalió altamente por la viva fe de su alma, por su ardiente devoción, por el celo que, heredado de su gran Ignacio de Loyola, mostró siempre en dirigirlo todo a la mayor honra y gloria de Dios y salvación de los hombres, fin supremo de la civilización cristiana. Vosotros los que sabéis cuanta atención exige el estudio y cuánto cuesta a sus cultivadores el suspenderlo y reemplazarle por cualquiera otra ocupación, por grata e importante que sea, no podréis menos admirar que Suárez en medio de tan profundo cultivo de la ciencia hallase tiempo para trabajar en las graves obligaciones del ministerio sacerdotal (a que dedicaba muy especialmente los días festivos), para cumplir exacta y puntualmente todos los deberes de su estado y profesión y para consagrar a la oración seis horas cada día. Pero en este punto fué asombro de sus mismos coetáneos por piadosos que fuesen; pues no pueden comprender que dándose tanto a la oración le queda-

- 60 -

se tanto tiempo para el estudio (41); y como alguno de sus allegados le mostrase por ello extrañeza, le contestó que antes quería perder los conocimientos adquiridos en tantos años de aplicación que suspender la meditación cotidiana (42). Para confundir la hecedad con que algunos sabios al estilo moderno pretenden que la religión debe relegarse a las mujeres y a las inteligencias limitadas, recordaré que Suárez en cualquiera dificultad que le ofrecían sus investigaciones científicas no le ocurría mejor remedio que acudir por medio de la oración al Padre de las Luceas, consultando con gran confianza a la Virgen María, a quien profesaba la más tierna y ardiente devoción (43). A esta amoroosa Madre y Señora nuestra consagró las primicias de su florido ingenio, escribiendo en su elogio cuando todavía era pasante en los estudios de la Compañía, por encargo de sus venerables maestros, una cuestión muy interesante y bella, que posteriormente sustentó con grande éxito y aplauso ante el claustro de la Universidad de Salamanca (44). Y a este propósito, permítaseme trasladar al papel las siguientes palabras que en elogio de nuestro inmortal granadino es-

cribió un docto escritor de la Orden de Predicadores (45), al llegar en su " Dietario Virginal " al año 1617. Dice así: "En la Compañía de Jesús fallece el Padre Francisco Suárez, varón doctísimo, el cual procuró acompañar en sus estudios con la devoción de la Madre de las sabidurías, María. Ayunaba todos los sábados, y en sus festividades se disponía para celebrarlas con dos horas de oración mental, que tenía antes de decir Misa. Siempre que pasaba delante de su imagen, acostumbraba con gran devoción, puesto de rodillas, saludarla y darle gracias de la mucha luz que le alcanzaba del Cielo; y se puede pensar que con ella escribió los Comentarios sobre la tercera parte de Santo Tomás (Quæst. 27, disp. 4^a sect. 1^a) donde el docto Padre se explaya en las prerrogativas de esta soberana Señora, con grande agrado suyo, según ella lo manifestó al Padre Martín Gutiérrez (46)" Profesó asimismo nuestro Suárez afectuosísima veneración e incesante culto al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, hasta el punto de que en sus más largos y penosos viajes, como los que hizo a Roma, y aun atravesando países infestados por la herejía, procuró a toda costa y consiguió no pasar un solo día sin celebrar el Santo Sacrificio de la Misa (47) Cuanta fué

su piedad cristiana lo manifiestan claramente unas palabras suyas de que se avergonzarían hoy muchos aspirantes a sabios, y dignas en verdad de escribirse con letras de oro; pues como alguno celebrase su ciencia el humilde jesuita replicó: Yo diera de buen grado cuanto sé por el mérito de una sola Ave María rezada con devoción».

En tan cristianos y nobles sentimientos aprenderéis y aprenderemos todos a considerar la honra y gloria de Dios como el fin supremo de nuestros esfuerzos intelectuales, arrojando por ello gustosamente los sarcasmos de los incrédulos y la persecución de los impíos, y considerando que sobre todas las glorias literarias y científicas ha descollado en todo tiempo los apologistas del Catolicismo. Buenos ejemplos nos dió de ello, nuestro gran Suárez cuando fué escogido por el Papa Paulo V. para combatir los desatentados proyectos del Rey Jacobo I de Inglaterra que amenazaban acabar con la Religión Católica en la antigua isla de los Santos. Pretendía aquel tirano reunir en su corona el poder espiritual con el temporal y se creía con el derecho de imponer la pena de muerte a cualquier súbdito que se negase a reconocerlo y jurarle como cabeza.

de la Iglesia . En oposición a estos proyectos Suárez escribió su famosa " Defensa de la fe Católica contra los errores de la Secta Anglicana " (Defensio fidei Catholice et Apostolice adversus Anglicanae sectae errores cum responsione ad apologiam pro juramento fidelitatis et prefationem monitorem serenissimi Jacobi Magne Britanniae Regis etc.) Este libro que hizo mucho ruido en su tiempo aun es celebrado por nuestros escritores modernos como una de las mejores apologías que se han hecho del Catolicismo, y sus argumentos los más ciertos que han herido a la secta de Inglaterra (48). Su éxito fué tal que el Rey Jacobo enconado y ciego le mandó quemar en la plaza mayor de Londres por mano del verdugo y prohibió su lectura bajo severísimas penas. El virtuoso jesuita según nos lo recuerda otro autor de nuestro tiempo toleró con paciencia estos disgustos y cuando supo la suerte que había cabido a su libro escapáronse de sus labios estas religiosas palabras: "dichoso yo si pudiese sellar con mi sangre las verdades que he defendido con mi pluma " (49). Palabras dignas de un alma magnánima templada en el heroísmo que inspira la fe verdadera y que debemos grabar profundamente en nuestra memoria contra la cobarde veleidad de nuestros

tiempos. días. Grande fué en verdad el triunfo que alcanzó Suárez con esta magnífica apología tan ensalzada por los católicos cuanto ultrajada por los impíos. No satisfecho con su quema y prohibición, el Rey de Inglaterra se dirigió por medio de una carta y de su embajador en Madrid al de España que lo era a la sazón Felipe III procurando persuadirle pacíficamente que si no castigaba al autor del libro y satisfacía lo que juzgaba imperdonable agravio sembraría en sus esta dos la semilla de la sedición y la rebelión contra la autoridad monárquica que no otra cosa había procurado encender en Inglaterra el intolerante jesuita. Pero Felipe despusó de mandar que se examinase el libro por los Prelados y varones más sabios de su reino que le aprobaron por voto unánime respondió a Jacobo con la dignidad, entereza y fervor católico que correspondían al Jefe de una Monarquía tan engrandecida por la fe verdadera. Díjole entre otras razones que advirtiese bien era muy perjudicial razón de estado sacudir el suave yogo de Cristo por amor de una engañosa libertad; la cual mientras enseña a los pueblos a ser infieles contra Dios los dispone a la rebelión contra su Rey y en fin pa-

ra sí y para sus reinos no quería otra seguridad que la que se funda en la católica Religión, cuya defensa se le había desagradado en aquel libro supiese la había tomado a su cargo para mantener lo que él enseñaba, si fuese menester con la espada y con la misma vida (50). Palabras celebradas con razón por un escritor extranjero y dignas, ciertamente, de la grandeza moral y material que a la sazón contaba nuestra gigantesca Monarquía. (51).

No paró aquí la persecución que el infierno levantó contra el libro de Suárez también en Francia, ya infestada por la herejía en inficionada por el virus impío y revolucionario que había de vomitar en 1789 el parlamento de París le condenó a la hoguera, aunque este decreto llegó a revocarse por los esfuerzos del Sumo Pontífice y del Rey Cristianísimo, que lo era entonces Luis XIII. Triunfó al fin nuestro Suárez y con él la católica doctrina que había proclamado. El libro quemado en Inglaterra, se imprimió luego en Alemania (Colonia) y en Francia (Lyon) y no tardó en derramarse por toda Europa, quedando así burlado el mismo Rey, que según dice un biógrafo de Suárez sólo por haberle él condenado

a las llamas dió un público pregón en todo el orbe católico de la verdad, sabiduría y acierto de este libro y de la grandeza de su autor (52). En efecto Suárez recibió los plácemes de muchos Cardenales, Prelados y varones doctísimos y dos cartas muy honrosas y satisfactorias una del Rey Católico (53) y otra del Romano Pontífice (54) y empezó a ver el éxito extraordinario de un libro que propagado desde entonces por repetidas ediciones ha merecido reimprimirse más de una vez en nuestro propio siglo (55). Por el contrario el desatentado Príncipe que indócil a las amonestaciones del doctor católico procuró afianzar la herjía en sus estados y ceñirse la doble corona de Rey y Papa, no sacó otro fruto de su mala política que sembrar el germen de una revolución que degolló en público cadalso a su hijo y sucesor Carlos I, y arrojó del trono a su dinastía (56).

Lábrase la verdadera grandeza humana arrostrandolo y sacrificándolo todo en obsequio de una idea grande; aquilátase esta misma grandeza en el crisol de la contradicción y nadie debe ser estimado por grande, si no ha pasado por la prueba del odio, de la calumnia y de la persecución de los malvados y de los ignorantes, incapaces de apreciar el bien o de comprender la abnegación y el heroísmo.

mo de quien le rinde culto. A imitación de Aquel que la proclamó sobre la tierra la verdad no puede menos de ser calumniada y perseguida con encarnizamiento en las personas de sus defensores a quien Jesucristo dirigió aquellas palabras; "si el mundo os aborrece, considerad que antes yo mismo fui señalado con su aborrecimiento" (57). Por este criterio podremos juzgar y apreciar cumplidamente el mérito insigne de nuestro Suárez, que al sacrificarlo todo en aras de la fe católica, ni temió al encono de sus adversarios ni dudó en momento de que triunfaría la santidad de su causa, la excelencia de una doctrina comprobada por el odio de la ignorancia y de la maldad. Los enemigos de la verdad, vencidos por sus irrefutables argumentos, le atacaron con los más perversos y reprobados artillos. Falseáronle una de sus obras (De Censuris), sacándola a luz en Venecia tan truncada y alterada en su doctrina, que el autor no pudo menos de delatarla públicamente ante el tribunal de la fe. Acometiéronle asimismo con un arma forjada en el yunque de la herejía y que hoy nos asusta demasiado, acusándole ante Felipe II de intolerancia y fanatismo, y por lo tanto, de escritor peligroso para la seguridad interior y exterior de sus estados; acusación que despreció

tan insigne monarca (58). Viendo los herejes que no bastaban tales medios, desahogaron su despecho en groseras invectivas y destemplados insultos con que procuraron oscurecer la fama y desacreditar la doctrina de Suárez. Así lo hicieron los protestantes de Holanda en cierto conciliábulo; así lo hicieron Jacobo Revius, profesor de Leiden (59), Amesio, ministro calvinista de Inglaterra y otros monstruos semejantes, que no cesaron en mucho tiempo de morder con injurias e imposturas la reputación de un doctor que era el más formidable a sus errores, procurando hacer aborrecible el nombre de nuestro inmortal granadino. También lo intentaron así Jansenio y sus secuaces, que tanto contribuyeron a la decadencia de la fe en Francia, aunque éstos con capa de piedad, suponiendo las doctrinas de Suárez contrarias a las de San Agustín. Pero de tal persecución resultó mayor acrecentamiento de gloria para Suárez y de crédito para su doctrina; porque el ilustre Cardenal Aguirre, que tanto contribuyó a puerizar los errores de la escuela jansenística y tan honrosamente imitó a Suárez en la defensa de la silla Apostólica, trazó el más brillante elogio de la veneración y acierto con que el Doctor Excmo estudió, profundizó e hizo suya la doctrina agustiniana (60).

Finalmente, entre las excelencias que nuestro inmortal Suárez ofreció a la imitación de los verdaderos sabios, y en contraste con el fin desastroso, escandaloso y formidable de tantos que han pretendido serlo en estos días, recordaré la cristiana muerte con que dignamente coronó su larga y provechosa carrera. Después de ilustrar con su saber las principales cátedras de tantas universidades, de formar copioso número de sapientísimos doctores, de producir tantas tan admirables obras, honor de la ciencia y civilización española y europea, falleció con muerte ejemplarísima en el colegio de Lisboa, el día 25 de Setiembre del año 1617 y entrado ya en el septuagésimo de su edad, exclamando poco antes de espirar: "yo no pensaba que la muerte fuese tan dulce" (61). Su cuerpo fué sepultado en la capilla mayor de la Iglesia de la Compañía; honor que este instituto religioso, según advierte un escritor suyo, "reserva para solos aquellos varones quienes resplandeció una insigne y muy extraordinaria santidad". Algunos años después sus restos fueron trasladados a una capilla que un caballero principal, discípulo suyo, erigió a su costa en la misma iglesia, sellando su sepulcro con un bello epitafio latino grabado en luciente mármol. (62)

En interés de la brevedad no os daré aquí, como fuera conveniente, noticia circunstanciada de sus numerosas e inmortales obras, así filosóficas como teológicas, así morales como místicas, cuyo catálogo hallaréis en las notas finales (63) y cuyo mérito celebraré, aunque de paso, en la serie de este discurso. Bástame decir que en ellas sobresalió principalmente como apologista, como filósofo, como legista y como teólogo; como apologista en su famosa y ya celebrada "Defensa de la fe Católica"; como filósofo en sus Disputaciones metafísicas (*Metaphysicarum Disputationum*), obra tan estimada en su tiempo, que en espacio de pocos años salió a luz más de doce veces en España, Francia, Alemania, Bélgica, e Italia (64), y en donde trató casi toda la filosofía (incluida la teología natural) purgándola de los vicios que el tiempo había introducido en las escuelas (65); como doctor en ambos derechos en su estimadísimo tratado " Del las leyes y Dios legislador " (*De legibus ac Deo legislatore*) donde se mostró juntamente consumado jurisconsulto y político, exponiendo la verdadera y más acabada filosofía del derecho; como teólogo en la mayor parte de sus escritos, donde trató e ilus-

tró especialmente las más altas cuestiones de la reina de las ciencias y sobre todo las más debatidas por los novedores y heresiarcas de su edad (desde Lutero y Calvino hasta Jansenio), presentando en ellas, según elogio de un escritor francés moderno (66), la doctrina católica romana en toda su pureza y sin mezcla alguna de prevenciones nacionales; pero brillando por un encanto y hermosura especial en su tratado de los Angeles (De Angelis) Ni son para olvidados aquí sus doctísimos e ingeniosísimos tratados de la gracia divina (De Divina gratia) donde procuró orillar las dificultades que ofrece tan sublime materia, agitada largamente en las escuelas teológicas, por medio de su célebre sistema apellidado el " congruismo " (67). En todas sus obras, escritas en latín, es de admirar cómo aquel ingenio privilegiado y altísimo, supomr reunir la riqueza y la sublimidad de los conceptos con la elegancia y la hermosura de la expresión; y lo que es más de celebrar, como cosa desconocida o muy rara entre los sabios de nuestros días, conciliar una claridad asombrosa con una inmensa erudición. Pues como escribe Hurter, en cualquiera cuestión expone con lucidez las opiniones de todos los tiempos, discutiéndelas ampliamente, argumentando sobre cada una

con su acostumbrada mesura y modestia y mostrándose versadísimo, no solamente en las obras de los teólogos escolásticos y de los Padres de la Iglesia, sino también en los escritos de los herejes de todos los tiempos y en las publicaciones de sus coetáneos, por más que hubieran aparecido en remotas regiones.

Al oír este brevísimo elogio de virtudes tan raras y menospreciadas en nuestros días, es muy probable que muchos sabios al uso corriente ni aun acertarán a comprender que este escolástico, que este varón acético y contemplativo, que este humildísimo hijo de San Ignacio, en una palabra, que este oscurantista, haya podido elevar su inteligencia, limitada por la fe, a las altas esferas de la filosofía, ni aun comprender, como hoy se dice, el concepto de ciencia, ni ser tenido por sabio y maestro, ni merecer un aplauso siquiera al mundo científico. Pero ni su ascetismo ni su absoluta sumisión al magisterio de la Iglesia docentearon un punto la alteza de su maravilloso ingenio, que se levantó a las más sublimes especulaciones, así metafísicas como teológicas, ni le esquivaron los elogios de sus coetáneos ni de la posteridad; antes bien su reputación, burlando

la acción destructora del tiempo que todo lo gasta y sepulta en el olvido, brilla hoy
brilla hoy al cabo de tres siglos con esplendor imperecedero, reconocida por los secuaces y por los adversarios de sus doctrinas, por nacionales y extranjeros.

Mientras vivió, le solicitaron y asediaron constantemente los aplausos y honores que su humildad tan cuidadosamente rehuía. Uno de sus primeros triunfos le alcanzó en esta ciudad de Granada, y cuando contaba próximamente veinte años de edad. Porque tomando parte en unas conclusiones académicas que honraba con su presencia el ilustre Arzobispo de esta diócesis D. Pedro Guerrero, quedó este tan prendado del ingenio y saber desplegados por el joven Jesuita que acababa la sesión, asombrado y gozoso, exclamó: " un gran varón ve a nacer en este admirable mancebo; él ha de ser una de las más insignes columnas de la Santa Iglesia; él ha de contarse entre los mayores sabios que ha tenido en todos los siglos (68)." Elegido a los treinta y dos años de su edad para enseñar Sagrada Teología en el colegio que la Compañía acababa de

fundar en Roma bajo la protección del Papa Gregorio XIII, fué recibido con grande agasajo por el General de su orden, el Padre Claudio Aquaviva, que se prometía acreditar el nuevo establecimiento con un profesor ya famoso; y el mismo Sumo Pontífice le dispensó el honor de asistir a su primera lección, como lo asegura terminantemente el cronista Gil González Dávola, que se halló presente al caso (69). Cuya singularísima honra prueba, no solamente la ilustración de aquel insigne Papa y el amor con que miraba el nuevo colegio, sino la celebridad de que ya gozaba nuestro doctor, habiendo merecido fijar la atención de la Silla Apostólica. El éxito correspondió a las esperanzas, y Suárez contribuyó poderosamente al lustre y esplendor con que floreció el Colegio Romano y ha florecido hasta nuestros días, alcanzando fama universal en el mundo sabio. Mientras lo honró con su enseñanza, Suárez vió pobladas sus aulas de innumerables discípulos y distinguidos oyentes de las diversas naciones de Europa, y para todas formó fecundo plantel de sabios maestros que extendieron por todas partes su ciencia y reputación. Pues

como cumplidos siete años en aquel colegio, Suárez solicitase volver a España porque el clima y aire romano perjudicaban notablemente a su salud, vióse la orden embarazada y perpleja, sin saber cómo llenaría dignamente el vacío que dejaba en Ro a su prodigiosa sabiduría. Y a este propósito permítaseme notar, porque recae grandemente en honor de nuestra patria, que deseosa la Compañía de en noblecer y levantar el naciente Colegio Romano, había dispuesto que su primera cátedra de Teología corriese a cuenta de los ingenios españoles, aplaudiendo con esto la nueva Roma las experiencias de la antigua, pues a ninguna provincia debió jamás esta gran cabeza del mundo más sutiles y elevados espíritus que a España », como lo advierte con razón un biógrafo de nuestro héroe. (70) Pero sin salir de españoles, la Compañía tan fecunda en la producción de grandes maestros, halló digno sucesor al Padre Francisco Suárez en el Padre Gabriel Vasquez, que era a la sazón la admiración y el ornamento de la famosa Universidad de Alcalá, y para que esta escuela, cuyos alumnos no bajaban a la sazón de cinco mil (71) no quedase quejosa de perder tan ilustre catedrático y Roma sintiese menos la falta del que perdía, resolvió que ocu-

pase el uno el puesto que dejaba el otro, pasando el Padre Suárez de Roma a los estudios de Alcalá, y dejando el Padre Vázquez a Alcalá para ilustrar a Roma (72). En efecto, traslado Suárez a Alcalá heredó los aplausos del Padre Gabriel Vázquez; oyéronle con universal aclamación no sólo los discípulos de la Compañía, sino los demás que seguían diversas escuelas; admiráronle los otros maestros, y de todas las universidades de España eran solicitadas sus lecciones; siendo cosa aceriguada que, necesitándose para su traslado el trabajo de numerosos copistas, en este gasto se consumían cada año muchos centenares de escudos. Imprimiéronse al cabo, ejecutando Suárez por obediencia lo que por humildad y desconfianza propia había retardado durante mucho tiempo (73)

Los aplausos de Alcalá renováronse y aumentáronse en Salamanca, adonde ocho años después fué trasladado Suárez, no por voluntad propia sino por obedecer al mandato de los superiores. En Salamanca fué acogido con tanto honor que el claustro universitario entero salió a recibirle a las puertas de la ciudad. (74). Semejante ovación recibió los años adelante de la universidad

de Barcelona; pues como arribase a aquella ciudad al regresar de un segundo viaje que hizo a Roma, salieron a su encuentro todos los doctores de aquella ilustre escuela con las insignias de sus respectivas facultades, acompañándole con esta pompa hasta el vecino colegio de la Compañía; y en el poco tiempo que se estuvo allí, no salió a la calle sin que los estudiantes de la universidad acudiesen dasalados por gozar la vista de maestro tan insigne, y ocupando de una otra banda la calle, le saludasen con aplausos y vítores (75). Notable fué asimismo el homenaje de aprecio y consideración que le rindió la antigua y famosa universidad portuguesa de Coimbra, que deseando honrarse con su enseñanza, eligió para su primera Cátedra de Teología, impetrándolo por gracia y merced especialísima del rey Felipe II, que a la sazón imperaba en toda la península ibérica. Y no debo omitir que en tal elección y solicitud la escuela de Coimbra volvió a su antigua costumbre de conceder sus cátedras a rigurosa oposición, y prescindió asimismo del amor propio portugués; pues como escribe un biógrafo de Pérez, el pedir a Castilla un catedrático para su primera universidad parecía una ingenua confesión de que en Portugal se echaba de menos la sabiduría de otra

provincia (76). Mucho trabajó Suárez por evitar semejante traslación; excusó-
la por largo tiempo y con las razones más satisfactorias; mas no pudiendo ven-
cer la entereza de Felipe II, empeñado en dar a los portugueses tan solicita-
do e influyente maestro, resignóse a puesto tan honroso, siendo recibido en
Coimbra con grande aclamación y alborozo de sus moradores y con especialísimas
demostraciones del clustro universitario. Ni debo callar que algunos días an-
tes había obtenido semejantes honores al pasar por evora y recibir en aquella
universidad el grado de Doctor, necesario para tomar posesión de la Cátedra
de Prima de Coimbra. Contra sus deseos fué a Coimbra (año 1597); mas después
por excusar honras mayores mantúvose en aquel puesto, y como escribe el ale-
mán Hurter: " por espacio de casi veinte años ocupó la Cátedra de Prima de
aquella Universidad, y fué ornamento de aquella academia ^{el} cuyo esplendor de
doctrina" (77). Coimbra recogió los frutos de su acertada elección , pues a-
umentó extraordinariamente la concurrencia de sus aulas, viendo allí reunida
la más alta nobleza de Portugal y los más aventajados alumnos de todas las
ordenes relégiosas, todos pendientes de la boca y de la obediencia de Suárez.

Cuánto fué el aprecio y estimación que nuestro granadino se grangeó en Portugal, no obstante la antipatía de aquellos naturales a la dominación española, pruébanlo claramente los elogios que en sus escritos le consagraron insignes prelados de aquel país, entre ellos Don Alfonso Castel Branco, Obispo de Coimbra llamándole "segundo Agustino y Maestro común de estos siglos" D. Fernando Martínez Mascareñas, Obispo de los Algarbes, diciéndole "autor religiosísimo y gravísimo, doctor celeberrimo, varón eminentísimo e insigne capitán de la Compañía de Jesús.", y D. Martín Alfonso de Melo, Obispo de Lamego, apellidándole "doctor sapientísimo, teólogo encumbradísimo y poderoso con las fuerzas de su sabiduría para defender la Iglesia de Dios (78). Pruébanlo también las frecuentes consultas que en materias teológicas y de ambos derechos le dirigían los doctores y catedráticos más distinguidos de aquel país, apellidándole "maestro común en todas las ciencias" Pruébanlo las demostraciones de sentimiento y solemnísimas honras fúnebres que a competencia se le tributaron en Lisboa, donde falleció, y en Coimbra, ilustrada por su magisterio, y que hizo grandes aunque inútiles esfuerzos por poseer sus res-

tos venerables. (79). Pruébalo asimismo la inscripción conmemorativa que le erigió la universidad de Coimbra, llamándole «Europæ atque adeo orbis universi magister; Aristotelis in naturalibus scientiis; Thomas angelicus in divinis; Hieronymus in scriptiōnes; Ambrosius in cathedra; Augustinus in polemicis; Athanasius in fidei explicatiōe; Bernardus in meliflua pietati; Gregorius in translatione bibliorum ac verbo; oculus populi christiani, sed sui solius iudicio nihil (80).» Pruébalo, finalmente, el Epítome de sus controversias teológicas (Epítome dilucida, brevis et resoluta disputationum theologiarum P. Fr. Suárez) que pocos años después de su muerte, un escritor portugués de su mismo apellido, Manuel Lorenzo Suárez, publicó en Lisboa, año 1626, y que alcanzó mucho éxito, siendo reimpresso en Valencia y en Lyon, año 1627, en Colonia, año 1628, y posteriormente en las obras coleccionadas del Doctro Eximio.

No parece sino que Portugal quiso hacerse suyas las glorias del maestro eminente que honró aquella provincia durante una larga parte de su vida. Pero mientras vivió, el nombre y aclamación de su doctrina, no cabiendo en los términos de Portugal ni en los de toda la península española, traía a su modesto retiro

rumores de aplauso universal que hubieran desvanecido un alma menos grande que la suya. "Todag España le quiere" decía en 1603, y en una carta dirigida al Papa Clemente VIII, D. Francisco de Castro, Virrey que fué de Nápoles. Dirígíenle atentas y amistosas cartas hombres tan eminentes como los Cardenales Borghese y Belarmino; pedíanle su parecer en puntos gravísimos personas respetables de todos los reinos y provincias de la cristiandad; consultábanle en sus dudas los más célebres tribunales civiles y eclesiásticos de Europa (81), y cuando murió, algunas famosas universidades extranjeras recibieron la noticia con singulares demostraciones de sentimiento (82).

Mas entre todos los honores que le alcanzaron sus letras y santidad, merecen especial mención los que obtuvo de reyes, de Papas y aun de Santos. Grandísimo honor fué y será en concepto de todo buen católico el que le consultase en ciertas dudas esírituales la Seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús (83). Grande fué el que le tributó la grandeza mundana por boca de Felipe II cuando insistiendo en que desempeñase la cátedra de Coimbra, que

Suárez excusaba por sus achaques, ponderaba sus letras y virtud y encargaba que se mudase la hora de la lección por otra más acomodada a su salud, y cuando gozoso por saber que la había aceptado, mandaba que se le diesen las gracias debidas (84). Grande también el que le tributó Felipe III, pidiéndole parecer en negocios públicos importantísimos y escribiéndole cartas muy satisfactorias (85). Grandísimo fué el que le hicieron los Jueces de la Sagrada Rota llamándolo-le en vida "insigne Doctor" (86) y grandísimo finalmente el que le dispuso la Silla Apostólica en los cuatro Breves que le dirigió y donde según escribe el biógrafo a quien principalmente sigo (Se verán tantos elogios de su sabiduría, de su piedad, de su celo, de su religión, de su autoridad y de su eminencia en la Iglesia y en la república cristiana, que todos cuantos después han multiplicado los años quedan muy inferiores no sólo en la autoridad sino también en la expresión y en el número) (87). Señalóse en honrarle el Sumo Pontífice Paulo V de feliz recordación, que le llamó Teólogo eximio y pío (88), título que repitió mucho después Benedicto XIV (89), de cuya calificación nació el honrosísimo dictado de Doctor Eximio, que le aplicaron las escuelas y que como escribía

a fines del siglo XVII un autor de la Compañía suena hasta ahora en los labios y en los escritos de los doctos, acreditándose su excelencia por habersele dado anteriormente a un San Juan Crisóstomo a un San Agustín y a un Santo Tomás (90). Cuánto fuese el aprecio y estimación que hicieron de Suárez sus coetáneos pruébanlo también las alabanzas que le consagraron en sus palabras y escritos. Entre otros, que sería prolijo aducir el Padre Alonso Méndez, apóstol y Patriarca de Etiopía la llamó " oráculo celestial y varón de portentosa sabiduría" (91). El famoso historiador de las guerras de Flandes, el Padre Fabiano Estrada, para probar que una memoria portentosa no vive reñida con la mayor elevación del ingenio, cita el ejemplo de nuestro ilustre granadino diciendo; Señalaré entre muchos de nuestra Compañía, uno solo, que aun vive y vivirá perpetuamente en la inmortal fama de su nombre. Este es el Padre Francisco Suárez varón de ingenios sin controversia máximo, y de una memoria tan feliz entre otros santos doctores tiene singularmente prontas todas las obras de San Agustín con ser tantas y de tanta variedad, alegando no sólo sus sentencias sino lo que es de gran maravilla, recitando fiel y dilatadamente sus palabras (92).

" Doctor de la Iglesia de Dios y después de Santo Tomás, el hombre más docto que ha habido", llamáronle dos ilustres religiosos dominicos portugueses que se hallaban en Lisboa al tiempo de su muerte. "Prodigio de la teología" le apellidó otro insigne coetáneo, el Cronista de la Majestad Católica, Gil González Dávila; y el célebre historiador granadino, Dr. Francisco Bermúdez de Pedraza, citándole con patrio orgullo entre los más insignes hijos de esta ciudad, dijo; que " era su entendimiento perenne fuente de la teología que a los presentes admira y a los venideros causará espanto " (93).

El eco de su reputación resuena en los escritores de su tiempo con profundo homenaje de admiración y de asombro; mas no expira allí sino que se perpetúa en las edades siguientes hasta llegar a la nuestra. Si el padre Sartolo, que escribía a fines del propio siglo, creía necesario un libro entero para apuntar los repetido elogios con que los sabios han honrado a Francisco Suárez (94), en nuestros días el sabio alemán Hurter se expresa así; " prolijo sería recordar los encomios que sabios y eruditos de todo tiempo, condición y país han consagrado . Francisco Suárez, el cual, según es sabido y notorio, descuella

como príncipe entre los teólogos de la escuela moderna (95).

Bastaría sin duda en elogio de Suárez el que un instituto tan encumbrado en ciencias y en letras como la Compañía de Jesús le estime y considere como el príncipe de su escuela y maestro común de los demás autores que en ella florecen ". Así lo afirma el mencionado biógrafo (96), citando en prueba de su aserto los encomios que hacen de nuestro autor escritores tan graves como el Padre Fernando de Salazar, Obispo electo de Málaga, y Arzobispo de las Charcas, que le apellidó "grande incremento y ornamento de nuestra edad, con cuya gloria y sabiduría se ve nuestro siglo tan ilustrado que no envidia a los pasados sus Alejandro, sus Albertos, sus Tomases, sus Buenaventuras y sus Escotos;" como el Padre Agustín Bernal, que comparón la sabiduría de Francisco Suárez, que tanto adelantó y extendió los fines de la Sagrada Teología, con el apostolado de San Francisco Javier en las Indias Orientales; como el Padre Rodrigo de Arriaga, catedrático y canciller que fué en la cesárea universidad de Praga, a cuyo juicio el gigantesco ingenio de Suárez no fué inferior al de Aristóteles, y como favorecido con mayores luces del cielo, logró descubrir más suble-

mes verdades que los filósofos antiguos, cuya razón vacilaba en la profunda noche de la gentilidad; como el padre Francisco Annato, francés de nación y confesor que fué del Rey Cristianísimo, diciendo que a Suárez, "le celebraban en tanto grado todas las escuelas católicas que o desean seguirle como maestro o se glorían de batallar con él como adversario". Notabilísima loa dedicó a Suárez la elegante sabiduría del Padre Ricardo Lince, honra de la universidad salmantina, exclamando: "¿quién más sublime que el Padre Francisco Suárez, tanto en su Metafísica cuanto en sus libros del Alma? ¿quién más perfecto en todo? A mi juicio, este grande ilustrador de los antiguos escolásticos reunió en sus escritos la majestad de Santo Tomás, la gravedad de Alberto Magno, la claridad de Durando, la sutileza de Escoto, la abundancia de (Alejandro de) Hales, la solidez de San Buenaventura, la inventiva de Ockam, la agudeza de San Gregorio, la distinción de Gabriel (Vázquez), la fuerza de Bacon y la profundidad de Henrico (de Gante), abarcando en sí todo lo más aventajado que brilló en cada cual" (97). Más aun le ensalzó el famoso Padre Luis de Valdivia, granadino,

apóstol de Chile, diciendo que Suárez " fué un sol resplandeciente de la Iglesia, cuya luz y sabiduría esparcida en sus libros ha ilustrado la teología escolástica, el conocimiento de Dios, de Cristo y de su Madre Santísima; Tributáronle grandes aplausos, que sería largo de repetir, los Padres Felipe Alegambe y Natanael Sotwel en sus bibliotecas de la Compañía; los Padres Drexelio y Scaramelli y el célebre canonista de la misma orden Francisco Schamalggrueber (98). Celébrale la Compañía entera por boca del Padre Honorato Fabri, diciendo: en sus copiosos estudios tenemos una perfectísima teología, "habe-mus Theologiam numeris omnibus absolutam" (99).

Los escritos de Suárez fueron expuestos y comentados por muchos sabios de la Compañía. Entre otros el padre Juan Bautista Guarini, natural de Palermo, ordenó e ilustró con notas las doctrinas del Doctor Eximio sobre el derecho natural y de gentes (100). Para facilitar el estudio de sus numerosos escritos teológicos, el Padre Francisco Natal (Noel), francés de nación, que murió en 1729, hizo de ellos un excelente compendio, que salió a luz con el título de "Theologiae R. Patris Francisci Suárez e S. J. Summa seu Compendium," en dos

tomos en folio, impresos por primera vez en Colonia, año 1732, y reimpresos en París por el diligente editor Megne, año 1858 (101). Finalmente, compusieron repetidos volúmenes sobre su vida y escritos los Padres de la misma orden Juan Freyre, Antonio Ignacio Deschamps, Antonio Arana Y Bernardo Sartolo.

Pero como elogios de este origen pudieran ser apasionados, diré que no fueron más sobrios en celebrarle doctísimos prelaos españoles y notables escritores de muy diversa procedencia (102). "Varón raro en todo el mundo en sabiduría y letras, per aun más notable en santidad y religión", le llamó el Obispo de Avila D. Lorenzo Otadui; "varón santísimo y doctísimo" le llamó el insigne Caramuel, honor de la orden Cisterciense, pronosticando que con el tiempo sería respetado como uno de los Padres de la Iglesia; "milagro de sabiduría, afamado por la erudición de humanas y sagradas letras" le proclamó Don Agustín Barbosa, portugués de nacimiento y Obispo de Usento en Italia; "lumbrera, antorcha y ornamento de toda España" le tituló D. Rodrigo de Acuña, Arzobispo de Lisboa; "varón usque ad miraculum docto" le llamó D. Benito de Castro, doctoral y catedrático de Valladolid; "excelentísimo doctor," cuya

autoridad estimaba tanto como la de mil autores, le nombró el célebre Juan Sánchez, doctor en ambos derechos; encomióle el agregio Cardenal Aguirre; repitió sus loores el ilustre autor de la "Biblioteca Hispánica" (103) citóle con frecuencia y llamó a las suyas "palabras de oro" (aurea verba) D. Cayetano Isidoro del Puente (104).

Celebráronle con igual encarecimiento los escritores más doctos de las demás órdenes religiosas, deponiendo en alas de su mérito toda rivalidad de escuela e instituto (105). En la ilustre y sapientísima orden Dominicana Fray Alonso Venero le llamó "padre de la teología de nuestro tiempo"; Fr. Pedro Mártir le dedicó el notabilísimo encomio que más arriba (pag.14) dejó apuntado; Fr. Paulino Bernardino, maestro de teología en el famoso convento de Minerva, celebró largamente, al par con sus " celestiales virtudes" le eminencia de su sabiduría y la universalidad de sus conocimientos. En la orden Seráfica, Fr. Mateo de Sosa le apellidó " sapientísimo y dignísimo de toda alabanza, príncipe y replandor de su sagrada orden". En la de San Agustín el insigne Fr. Alonso de Mendoza, catedrático de Salamanca, le llamó " varón dignísimo

de la inmortalidad, suma alabanza y ornamento para la Compañía de Jesús. En la del Carmen, Fr. Tomás de San José le llamó el más eminente entre los teólogos de la Compañía; "theologorum Societatis Jesu verticem" (106). En otros institutos religiosos, el Cartujano Padre D. Alonso de Molina le proclamó varón doctísimo y muy grave y considerado en toda su doctrina; el Mercedario Fr. Silvestre de Saavedra le engrandeció con notables y repetidos renombres; el padre Felipe Bernal, de la orden de San Norberto, le apellidó "gran teólogo, insigne maestro, asombro de sabiduría, honra de España, gloria y corona de la Compañía de Jesús. En la santa y no menos docta familia de los Padres Trinitarios descalzos, dice un Jesuíta, son tantos los elogios que ha merecido el P. Suárez y la veneración que le profesan sus ilustres escritores y maestros, que su multiplicidad nos prohíbe referirlos, y apenas nuestra estimación podrá en algún tiempo agradecerlos (107). Tal es en breve resumen el concierto de alabanzas que elevó al P. Francisco Suárez la admiración de nuestros ilustrados mayores.

Y no se diga que el amor patrio cegaba a estos autores peninsulares; porque

no son de menos valía los loores que consagran a nuestro granadino los sabios y escritores extranjeros. Lorenzo Bayerlinck, canónigo de Amberes y protonotario apostólico (108), entre otros encomios, le apellida "sagrado océano, de donde salieron todos los raudales de la humana y divina filosofía para regar y fecundar la Iglesia. Eminentísimo doctor cuya doctrina se debe seguir y el primer discípulo de Santo Tomás", le llamó entre otros elogios, un escritor napolitano de su tiempo, el sabio Padre Lorenzo de Aponte, del instituto de los clérigos regulares menores (109). El célebre Cardenal Noris, aunque nada afecto a ciertos puntos de su doctrina, que creyó opuesta a la de San Agustín, le reconoció como el más grave y profundo de todos los escritores modernos (110). El Padre maestro Fr. Bruno Neuser, Franciscano, lector jubilado de la provincia de Colonia, le defendió contra las cavilaciones de Noris y le llamó "autor doctísimo y santísimo" (111). El doctor paririense, Luis Bean, dice que fué nuestro francisco "intérprete aventajadísimo de toda la sagrada Teología y de la Divina Ley, en las más célebres universidades del orbe, con increíble concurso y suma frecuencia de discípulos y que mereció igual fa-

ma y estimación por la santidad y vida que por sus insignes letras". El señor de Cerisiers, Consejero del Rey Cristianísimo y erudito escritor, le llamó "ornamento de la Compañía de Jesús y el Santo Tomás de su siglo" (112). El ilustre Fabio Chigi, después Alejandro VII, que estudió asiduamente sus escritos, le llamó "príncipe de los teólogos de aquella edad, escritor agudísimo en filosofía y doctor perspicuo y óptimo en teología (113). El célebre Juan Morin le apellidó "lucerna clarísima y famosísima de la teología escolástica" (114). Según el insigne Bossuet, por boca de Suárez "habla toda la escuela teológica moderna (115). El cardenal Bona le llamó "teólogo de primer orden" (116). El doctísimo escritor francés Fr. Jacobo Jacinto Serry, de la orden de Sto. Domingo, y Profesor que fué de la Universidad de Padua, dice que le respetaba sobremanera (summe verecor) y le prefería a todos los demás pre-escritores escolásticos de la Compañía de Jesús. (117). Según Vincencio Fassari, su profundo ingenio alcanzó y tocó casi todo lo que oportunamente se puede tratar y decir en cada materia (118). El célebre teólogo latine italiano Fr. J. Lorenzo Berti, de los ermitaños de San Agustín, le llamó "teólogo

insigne, eximio y celebrísimo" (119). El gran Benedicto XIV además de titularle a imitación de Paulo V. "teólogo eximio" y de celebrarle por su perspicacia, acierto y sabiduría, recuerda el dicho de Morin, que llamó a los españoles Suárez y Vázquez " las dos lumbreras de la teología escolástica" (120). Elogiánle, finalmente, Mireo (121), Reiffenstuel (122), Moreri (123), Keller (124), y otros muchos escritores extranjeros anteriores a nuestro siglo citándole con frecuencia, invocando su autoridad y tributándole encomios que fuera prolijo aducir.

En nuestro propio siglo, en medio del extravío y confusión producidos por la enciclopedia, por las doctrinas de Voltaire y Rousseau, de Kant y de Hegel, en nuestro siglo presuntuoso, innovador, rebelde a toda autoridad y tan decayido en cuanto atañe a la verdadera civilización, Francisco Suárez ha logrado tener y tiene hoy grandes admiradores, numerosos e ilustres sectarios, resplandeciendo su gloria con nuevo y perenne brillo. Poco en verdad sabré decir de la aceptación que suya goza en su patria, tan agitada de un siglo a esta parte por el vértigo de las nuevas ideas. Elogiánle todavía no pocos

escritores de talento y de buen gusto como el ya celebrado marqués de Gerona, como el eruditísimo y elegantísimo Adolfo de Castro (125) y como D. José Jiménez Serrano. Este malogrado escritor que no hace muchos años ilustró con su talentos las bellezas históricas y monumentales de esta ciudad y honró como catedrático de derecho la universidad de Madrid, consagró a Suárez el siguiente encomio. "Sobrepujó a todos sus contemporáneos, mereciendo alabanza de los sabios extranjeros y atrayéndose el odio de los ignorantes, señal siempre segura del talento eminente. Fué admirado de todos los pensadores de su tiempo. Filósofo profundo, vertió muchas ideas que en el día han sido reproducidas con grande boga (126)." Cítanle y celébranle nuestros ilustres filósofos modernos, , el P. José Fernández Cuevas S. J. (127), Don Jaime Balmes (128), D. Juan Manuel Ortín y Lara, y el Padre Zeferino González, actual Obispo de Córdoba, el cual llama a Suárez "eminente metafísico", encarece la profundidad de su ciencia, la seguridad y rectitud de su criterio, y asegura que sus escritos filosóficos son dignos de ser consultados con más frecuencia por los verdaderos sabios y los amantes de la alta filosofía (129). Mas entre

todos los españoles de nuestro tiempo, en cuanto alcanzan mis noticias, quien más se ha distinguido en mencionar y alabar a Suárez es nuestro ilustrado polígrafo el presbítero D. Miguel Sánchez, que le consagra seis páginas en su novísimo curso de Teología dogmática (130). Según este autor, que expone y elogia sus principales doctrinas así filosóficas como teológicas, Suárez, dotado de ingenio clarísimo y prodigiosa memoria, profesor sapientísimo y doctísimo defensor de la verdad católica, ha ejercido grande influencia tanto en el suyo como en los posteriores tiempos, mereciendo ser citado con frecuencia y siempre con grande honor por todos los canonistas y moralistas y escolásticos, y alcanzando sus doctrinas, aun por el solo hecho de ser suyas, grande autoridad. Sus obras, leídas antes por todos, aun hoy son consultados por muchos. Su nombre y sus doctrinas suenan en la historia particular de la teología y en la general de la Iglesia, en la filosófica y en la literaria y hasta en la civil y política; por todo lo cual el nombre y celebridad de Suárez durarán en la memoria de los hombres mientras que se conserve la historia.

pero como hoy día las glorias españolas , para ser reconocidas y celebradas por los que hemos nacido en España, necesitan obtener previamente el "pase" de la admiración extranjera, repetiré aquí alguna de las alabanzas que dedican a nuestro gran Suárez, escritores eminentes que el siglo XIX ha producido en diversas regiones de Europa y cuyo testimonio no puede recusarse por parcial ni apasionado. Y conste que por falta de tiempo y por escasez de libros que hay actualmente en esta ciudad, despojada en gran parte de su antigua riqueza literaria y poco favorecida por la moderna, se me han quedado en el tintero la mayor parte de los datos que pudieran aducir se en tan interesante asunto. En nuestro siglo, pues, el ilustre Conde de Maistre (131) ha comparado a Suárez con Montesquieu por su ingenio en tratar la filosofía del derecho, salvo la inmensa ventaja que el autor español lleva al francés con respecto a la ortodoxia. "El célebre doctor y sacerdote francés Luis Bautaine, profesor de la Sorbona, en su " Filosofía de las leyes bajo el punto de vista cristiano " (132) confiese ingenuamente que toda su doctrina la ha bebido en las obras de Sto. Tomás de Aquino y de Suárez , de estos " célebres teólogos, los más notables

entre los jurisconsultos filosófico-cristianos". Cítale y elógiale en varias de sus obras el insigne P. J. Ventura de Raulica, llamándole el gran doctor y contándole entre los mayores genios del mundo cristiano (133). Según Cretineau Joly, en su celebrada "Historia de la Compañía de Jesús", (134) Suárez, "verdadero jefe de la escuela filosófica de los primeros Jesuitas", abrió a la ciencia nuevos senderos, creó una metafísica, la expuso juntamente con claridad y sutileza, y por la profundidad de sus observaciones, es tal vez el hombre que más servicios ha prestado a los estudios filosóficos. Desde su época empezaron a evitarse en las escuelas los vicios del peripatetismo escolástico. También nota este escritor que desde la universidad de Coimbra, dirigida por la Compañía de Jesús y tan levantada por Suárez, derivando se por el mundo el amor a la Filosofía y el gusto a la erudición; y por lo mismo a nuestro ilustre granadino corresponde en grandísima parte el homenaje de honor que Descartes tributó a tan sabio instituto, asegurando que no había escuelas filosóficas superiores a las dirigidas por los Jesuitas. Entre los modernos admiradores del Doctor Eximio sobresale el alemán Werner, que ha publicado re-

cientemente un libro titulado " Franz Suárez " , donde con la debida extensión refiere su vida, enumera sus escritos y expone su doctrina, elogiándole por su maravillosa claridad en medio de una erudición vastísima y de una profunda sutileza (135). Conságrale unas cuantas páginas en su " Nomenclator Literario de la teología católica " , el egregio doctor Hugo Hurter, S. J., profesor de teología y filosofía en las universidad alemana de Inspruck , haciendo suyas todas las alabanzas de los anteriores y poniéndole a la cabeza de los teólogos españoles más ilustres, de aquellos cuyos nombres, (dice) resonarán con alta fama mientras florezca la filosofía teología. El insigne moralista Juan Pedro Gury, S. J., dice que el Doctor Eximio (calificación que nació en la pluma de Paulo V) descuella entre los teólogos después de Sto. Tomás, siendo de todos muy celebrado por su ingenio, doctrina y sabiduría (136). Llámale grande a boca llena el actual Obispo de Gibraltar Monseñor Scandella, al citar un pasaje suyo en favor de la infalibilidad pontificia (137). Menciónale con distinción los modernos historiadores eclesiásticos como Alzog, (138) y Rohrbacher (139)

Y no se atribuyan tales elogios a la importancia histórica de nuestro héroe, realizada por los curiosos y eruditos. Si recorremos la literatura católica moderna, hallaremos que casi todos los escritores de tan lucida escuela, apolo- gistas, filósofos, teólogos, moralistas y canonistas de diversos países, órde- nes religiosas y condiciones sociales, le citan con aplauso, siguen y alegan sus doctrinas, atribuyéndoles casi la misma autoridad que a las de Santo Tomás de Aquino, y otros grandes doctores de la Iglesia. Tal aparece en los escritos de los famosos apolo gistas franceses Augusto Nicolás y Monseñor Gaume (140); en las preciadas producciones filosóficas de los célebres alemanes José Klautgen (141) y José Jungman (142); en las filosóficas y teológicas de los ilustres italianos Juan Perrone S. J. (143), Mateo Liberatores S. J. (144), Luis Tapara- lli S. J. (145), Salvador Tongiorgi (146), Cayetano Sanseverino (147) y José Prisco (148); en los opúsculos teológicos del tirolés Juan Bautista Franzelin, S. J. a quien Pío IX ha nombrado Cardenal por su eminente ciencia teológica acreditada en sus escritos y en las cátedras del antiguo y siempre célebre Co- legio Romano; en las obras teológicas y morales del alemán Francisco Javier

Schoupe (149), y del italiano Carlos María Curci (150) ambos S. J.; y del in
sighe Cardenal ~~Sreussét~~ Gousset (151); y en las canónicas y disciplinales
del doctor Jorge Philips, profesor de la universidad de Viena (152), de los
franceses José Carrière, ilustre profesor del Seminario de San Sulpicio (153)
el abate Domingo Buix (154), y el abate Crouset (155); y de los italianos Sep-
timio M. Vecchiotti (156), Salvador Pallotini, notario del Concilio Vaticano
(157), Pedro Scavini (158), Guillermo Audisio (159) y el Cardenal Camilo Tare-
quini S. J. (160). Cítanle en fin, con el mayor elogio y autoridad, las más
acreditadas revistas católicas de Italia y Alemania, Francia e Inglaterra (161
; defiéndenle y síguense sus doctrinas en muchas universidades y estudios
de diversas naciones; y en resumen como lo proclamó antes las cortes de 1869
uno de los más insignes prelados españoles el señor Monescillo, Obispo de
Jaén, " las escuelas de todo el mundo consultan a nuestro Suárez ".

También hablan muy alto en favor de este insigne hojo de Granada, la acep-
tación y autoridad que sus escritos filosóficos y legales han logrado alcan-
zar entre los mismos adverbarios de la fe católica, penetrando en las escau-

las protestantes, arrancando grandes aplausos de sus más señalados escritores y lo que es más importante, convirtiendo a muchos de aquellos sectarios (162) El célebra Grocio, que cita con elogio su tratado " Delas leyes " le llama " ingenio sutilísimo y que apenas se le hallaría igual ni como teólogo ni como filósofo (163). Lamentóse grandemente el calvinista Thwis de que los alumnos de sus escuelas buscasen los escritos de Suárez los más profundos y elevados conocimientos, y ponderó cuan útil sería expurgar sus obras metafísicas de cuanto pudiese ofender las creencias protestantes (164). En cierto libro publicado en Alemania hace veintáséis años, se lee lo siguiente: " Los libros del Jesuíta español Suárez se ponían en las universidades protestantes en el mismo predicamento que antes gozaba Melanchton; y esto se remonta a los tiempos en que Liebnitz estudiaba filosofía en su ciudad natal (165). Según cuenta Puffendorf (166), los doctores de la universidad de Jena, no obstante ser luteranos, tenían a Suárez, Molina, Vásquez, Valencia y otros autores católicos, por " escrituras dignísimos de eterno renombre ". Sabemos que el tratado " De legibus", de Suárez fué tan apreciado de los ingleses, que le reimprimi

mieron en Londres, año 1679 (167), y según el Marqués de Gerona, le tradujeron a su idioma, a pesar del odio predominante en aquel país contra las producciones de los escritores católicos. En nuestro siglo el escritor escocés James Meekinstoh, al publicar en la Revista de Edimburgo un estudio sobre cierta obra filosófica de Dugald Stewart, ha tributado grandes alabanzas a nuestro Suárez, como también a Domingo Soto, Francisco de Victoria y otros doctores católicos de aquella época (168). Finalmente, un profesor de la Universidad protestante de Edimburgo, que visitó esta ciudad hace pocos años, se ocupaba en traducir algunos escritos de Suárez.

De esta general aceptación, sostenida constantemente hasta nuestros días, en medio de una incesante revolución científica, dan nuevo y evidente testimonio de las numerosas ediciones de sus libros hechas desde los últimos años del siglo XVI hasta fines del pasado en Salamanca, Madrid, León, de Francia, Génova, Maguncia, París, Coimbra, Amberes, Aseaffemburgo, Londres, Venecia y otros puntos de Europa, de que no hemos adquirido noticia, pero que podrán hallarse en los estudios bibliográficos que han hecho sobre nuestro

autor escritores tan diligentes como Backer y Werner. (1699. En nuestro siglo, según los datos, insuficientes sin duda, que he logrado adquirir, se han reimpresso repetidas veces los escritos de que trato. Habiéndose hecho muy rara la colección completa, en ventitrés volúmenes en folio, impresa en lossiglos anteriores, (170), primeramente en Lyon y en Maguncia (año 1630 y siguientes) y después en Venecia (1740 a 1757) se ha reproducido en París bajo la dirección del abate Bertón, en veintiocho volúmenes en 4^a mayor (171). El tratado " De la religión de la Compañía de Jesús" se ha publicado en Bruselas, año 1857, por el R. P. Gueau de Reverseaux (172); el libro " De las leyes" en Nápoles, año 1872 (173) y la "Defensa de la fe católica" en la misma ciudad y año (174). Por último Monseñor Malou, Obispo de Brujas, ha publicado en Bruselas, año 1859, varios opúsculos inéditos sacados de manuscritos romanos, lugdunenses y de su propiedad. (175).

Tal fué en sus hechos, tal en sus escritos y tal en el aplauso de la posteridad, el granadino Suárez, que por la santidad de su vida y alteza de su sabiduría mereció y merecerá siempre ser citado y propuesto a todos como el

dechado de un "doctor perfecto" (176). Bien sabéis que esta perfección tiene su fundamento en aquella enseñanza divina; "qui autem fecerit el docuerit hic magnus vocabitur in regno caelorum" (Ev. Sec. Matth., V., 19); porque enseñó el bien y le practicó, Suárez es grande a los ojos de Dios y del mundo. Por haberse humillado, Dios le ensalzó, y por haber abatido su inteligencia en obsequio de la fe, Dios le ilustró con luces y esplendores que muy pocos han logrado alcanzar. Desvaneció las tinieblas de su edad, y penetrando en lo porvenir, arrojó torrentes de vivísima luz que disipasen las tinieblas de la nuestra. A semejante gloria y elevación podemos arribar todos, si bien en la medida de los dones y del beneplácito divino; pues Dios que confunde a los orgullosos, les oculta sus secretos, revelándolos a los espíritus puros y a los pequeñuelos, según aquella sentencia; "abscondisti haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis" (S. Math., XI, 25). Si aspiramos a la gloria legítima y perdurable, sigamos el camino que nos trazó Suárez, huyendo los aplausos del mundo y refiriéndolo todo a la mayor gloria de Dios que sabe honrar con exceso a sus amigos (177), evitando adquirir conocimientos que en nada

aprovechan al alma y no deslumbrándonos por la reputación mezquina y perecedera de los que sólo buscan el éxito momentáneo, de los que desdeñando la hermosura eterna de la verdad, sirven a la moda errada de su siglo. Si hoy los véis ensalzados, mañana los veréis abatidos y olvidados. "¿Dónde están pregunta un escritor, cuyo libro admirable se reimprime cada día, ¿dónde están ahora aquellos señores y maestros que tú conociste cuando vivían y florecían en los estudios?. Ya otros ocupan sus puestos, y acaso no haya quien de ellos haga memoria. Mientras vivieron, parecía que eran algo y ahora yacen en el olvido(178)." Busquemos como Suárez vida y gloria por el camino del bien y de la verdad, y rindiendo culto a estos principios inmortales, no podremos temer a la muerte del menosprecio actual ni del olvido eterno: "veritas liberabit vos (Ev. sec. Joan VIII., 32).

Pues lo que he dicho de nuestro inmortal granadino es aplicable a toda la España de los pasados siglos. Abrid los ojos a la luz de la verdadera historia, contemplad aquel pueblo de gigantes, y el él veréis reunidos con el más alto saber la fe más ferviente y la abnegación más profunda para sacrificarse

por la gloria de Dios y la civilización del mundo. ¡Cuán bellos y grandes ejemplos podría recordaros a este propósito, si el tiempo me lo permitiese, de Cervantes, "esclavo del Santísimo Sacramento", del doctor Laguna, que, según cierto poeta moderno, "honta de su patria fué en medicina y en fe", de Luis Vives en Inglaterra, de Gregorio de Valencia en Alemania, y de nuestra nación entera en el antiguo y el nuevo mundo. " En qué consiste (exclama un insigne escritor moderno) la grandeza de todos nuestros filósofos, sino en la uniformidad de su doctrina, que es la doctrina verdaderamente cristiana? Conforme con su patria, ¿qué es lo que distingue a los filósofos españoles? Su carácter y su historia se pueden reducir a estas palabras: tenían en poco la vanidad del mundo, no se ensalzaban en su soberbia, se humillaban bajo la poderosa mano de Dios. Con esta filosofía se alegraban sus corazones..... y henchían de vivas y grandes esperanzas el alma... Poseían.....la ciencia del bien pensar, la ciencia del bien decir y la ciencia del bien hacer. Todas las soluciones de la ciencia, todas sí, eran halladas por nuestros mayores dentro de la filosofía cristiana, de esa que aspira a que el hombre rodeado de car-

ne mortal, viva angélica vida, que al propio tiempo anhela morir y vivir, morir para alcanzar las eternas venturas; vivir para el bien de sus hermanos y hacer la voluntad de Dios (179)." Tal fué el espíritu de nuestros egregios mayores, tal el sentimiento que anima su filosofía y que tan vivos resplandores de verdad y belleza derrama en su literatura. Así lo confiesan los mismos racionalistas de nuestro siglo, deslumbrados por tanta hermosura. Según "Guinet (180) el espíritu filosófico de España" se identifica con el genio del cristianismo..... su gloria consiste en abismarse en los misterios del Evangelio; sus pensadores más profundos, los más elocuentes, los más irresistibles hacen profesión de no pensar..... En España jamás habló el hombre un lenguaje tan magnífico y tan pomposo como cuando quiso despojarse y presentarse ante Dios. No se conoce el genio de España, sino cuando le vamos recoger en su lengua lo más majestuoso para hacer actos de humildad."

Que " la propia y verdadera sabiduría del hombre es saber mucho de Cristo, y a la verdad es la más alta y divina sabiduría de todas"; he aquí la sublime enseñanza que hallamos en toda nuestra riquísima literatura de los siglos

de oro; esto es lo que enseña en bellísima prosa un Fray Luis de León (181) a quien el incrédulo Quinet ha llamado "pensador perfecto"; lo que enseña en bellísimos versos Calderón de la Barca (182) a quien el alemán Schlegel ha titulado "el poeta por excelencia". Por el profundo homenaje que rindió a esta idea, mereció España en los primeros siglos de la edad moderna dirigir el movimiento intelectual de Europa, y para inculcarla envió maestros a las principales universidades del mundo. ¿Qué espectáculo más bello puedo ofrecer a vuestra ilustrada atención, qué mayor incentivo a la juventud estudiosa para animarla a levantarse de la postración presente que el de las Cátedras de Europa ocupadas en los siglos XVII y XVIII (y aun antes) por doctores españoles? ¡ Oh cuántos habrá entre nuestros sabios y eruditos modernos, que, teniendo ^{los} prontos en su boca nombres de Kant, Hegel, Schelling y Krause, desconozcan las glorias reales y efectivas de nuestra patria, ignorando que las cátedras de Evora y Coimbra en Portugal se vieron horadas por Fray Bartolomé de Ledesma, Luis Molina, Martín de Azpilcueta y los teólogos granadinos Suárez y Palacios de Salazar; las de Oxford y Cambridge en Inglaterra por

Luis Vives y Fray Pedro Soto; las de Dillingen, Ingolástad y Colonia en Alemania por el mencionado Soto, por Gregorio de Valencia, Jerónimo de Torres y Juan Perlin; las de Loviana y Duay en Bélgica por Vives y Martín del Rio; la Cesárea de Praga en Bohemia por Rodrigo de Arriaga; las de París por Alfonso Vargas (siglo XIV), Pedro Ciruelo, Juan Martínez Siliceo, Juan Maldonado, Antonio Coronel, Fray Tomás de Lemos, Pedro Juan Perpiniano y Juan de Mariana; las de Roma, Milán, Bolonia y otras escuelas italiana por Juan de Mella, Tomás Hurtado, Juan de Montes Doca, Antonio de Burgos, Francisco Escobar, Bartolomé Ramos, Fernando Muñoz, Fray Juan de Iezama, Andrés de Laguna, Fray Juan de Cartagena, Gabriel Vásquez, Pedro Arrúbal, Jerónimo Salcedo Benito Pereira, Juan de Lugo, Juan de Salas, Juan Azor, Francisco Toledo, Martín Esparza, Fray Diego de Alvarez y Martín de Funes !

? Por qué no hemos de sentir y legítimo orgullo nacional, viendo que la riquísima literatura de nuestros mayores, esa literatura tan fervorosamente católica y ascética, es celebrada hoy con grande aplauso por la crítica extranjera? celebránla y aplaudenla, sí, sobre todo encarecimiento los más

notables escritores de esos países que más nos desdeñan por nuestra decadencia actual. Según el alemán Hurter, durante los siglos XVI y XVII España aventajó a las demás naciones en la teología escolástica y moral y en la exégesis bíblica; según Schlegel, Calderón ocupa el más alto puesto de la poesía romántica, y la literatura española es la primera de Europa bajo el punto de vista de la nacionalidad, es decir, que es la más original y caracterizada; a Cervantes por voto unánime se le adjudica el primer lugar entre los ingenios modernos (183). Quinet, no obstante su odio al catolicismo, se muestra atónito y suspenso ante la cristiana elocuencia de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz, de Fray Luis de León, y todo le parece frío y helado junto al prodigio de sus palabras de fuego". " ¿ Qué son (pregunta) los psicólogos de la escuela al lado de las revelaciones de la vida interior que se escapa de corazones heroicos ?" El estudio de la literatura española ha ejercitado en nuestro siglo el ingenio de Schlegel, de Bouterwek, de Wolf, de Schak, de Viardot, de Ticknor, de Philarete, Chasles, de Puibusque, de Vielcastel, de Latour, de Rouselot y de tantos otros que sería prolijo apuntar.

? Qué más?. Los antiguos y aun algunos modernos libros españoles se traducen y reimprimen hoy con afán por los extranjeros. En francés, en inglés, en alemán, en italiano, según he visto por cierto sin minucioso examen, y recorriendo solamente algunos libros y catálogos modernos de bibliografía andan hoy los libros de Raimundo Sabunda, de Pedro de Alcántara, de San Ignacio de Loyola, de San Francisco Javier, de Santo Tomás de Villanueva, de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa de Jesús, de Cervantes, de Calderón de la Barca, de Lope de Vega, de Alonso de Ercilla, de Fray Luis de León, de Fray Luis de Granada, del Padre Alonso Rodríguez, del Padre Pedro de Ribadeneyra, del Padre Antonio de Molina, del Padre Francisco Arias, del Padre Luis de la Palma, del Padre Luis de la Puente, de Juan Huarte, y de algunos modernos como D. Pablo Olavide, D. Santiago José de Mazo. D. Jaime Balmes, Fernán Caballero, el Padre José Mach y el Padre Félix Cumplido. Solamente de la obra de nuestro insigne Balmes " El Protestantismo comparado con el Catolicismo " se cuentan hoy nueve ediciones en lengua francesa. Además de esto las prensas extranjeras han reimpreso en nuestros días las obras latinas del

Padre Juan Maldonado, del Padre Pedro Morales, del Padre Juan Martínez de Ripalda, del Padre Alfonso Salmerón, de los Cerdonales de Tolédo y Iugo, de Fr. Juan de Torquemada, de Fray Juan de Pineda, y sin duda los de otros españoles que no constan en los documentos bibliográficos que he consultado.

Y por último ? Qué otra cosa sino la fe católica, tan característica de la civilización y nacionalidad ibérica, ha hecho tan grandes en nuestro siglo a Balmes y Donoso Cortés?. " qué otra cosa sino la incredulidad ha empujado en nuestros días a elevadas inteligencias y notables talentos?.

Pero ya es tiempo de poner fin ^{presente} al largo discurso. Recapitulando cuanto he expuesto, diré a la juventud estudiosa, a esa juventud florida, esperanzada y porvenir de nuestra amada patria; si queréis ser verdaderamente sabios, imitad las egregias virtudes que hicieron del Padre Francisco Suárez un doctor cristiano y perfecto. Si ambicionáis la gloria verdadera y legítima, seguid su brillante camino, huyendo las torpes huellas de tantos doctores al uso y eruditos a la violeta, de tantos sofistas y librepensadores que vinculan el talento y el saber en la incredulidad, de esos pretendidos sabios

grandes sólo en osadía y presunción, a quienes da celebridad la gacetilla y fama el aplauso de los necios y de los malos, de esos apasionados de sí mismos, calumniadores de los santos y los héroes, detractores de las glorias nacionales, apologistas del error y de la iniquidad, corruptores del arte y de la literatura, destructores de la ciencia y de la sociedad. En el nombre inmortal, que, rindiendo culto a la verdad, y al bien, supo granjearse nuestro ilustre granadino, aprended a no deslumbraros por los triunfos pasajeros de la sinrazón y del mal. Si queréis, repito, ser verdaderamente sabios, hacer fructuosos los talentos con que a Dios plugo dotaros, y añadir con reparo oportuno y eficaz a la decadencia intelectual y moral de la sociedad presente, estudiad los diversos, sólidos y sapientísimos libros del Eximio Doctor. En sus doctrinas hallaréis luz sobrada para atravesar sin peligro el caos actual y remedio a todos los males religiosos, científicos y políticos de nuestros días. Contra el indiferentismo y Babel religiosa de nuestro tiempo hallaréis suficiente antidoto en el ardiente apologista de nuestra fe, en el doctor católico que con su palabra y sus escritos ilustró a tantas inteligen-

cias, que tanto trabajó por enaltecer la suprema autoridad de la Santa Sede (184), que pulverizó los errores de Lutero y de Calvino (185) de Bayo y de Jansenio (185), que proporciónó anticipado correctivo contra los innumerables errores que en su desarrollo y descomposición había de producir; el protestantismo, esa herjía, que si muerta en rigor, aun con su podredumbre inficiona la atmósfera europea. En los escritos de Suárez hallaréis la razón teológica y científica, la importancia religiosa y social de esos grandes remedios morales y divinos, con que la Iglesia ha sabido acudir a los grandes males de nuestro siglo con tanta gloria del inmortal Pontífice que hoy ocupa la Catedra' de San Pedro, definiendo dogmáticamente la Concepción Inmaculada de María (186) y la infalibilidad pontificia (187), condenando todos los errores modernos y acogióndose bajo el especial patrocinio del Patriarca San José (188); todo esto lo hallaréis previsto, razonado y por decirlo así, preparado en los escritos de un ingenio tan superior; y en una palabra, en ellos encontraréis el rico y completo conjunto doctrinal de la escuela verdaderamente católica, de esa escuela que la ignorancia y malicia

cias, que tanto trabajó por enaltecer la suprema autoridad de la Santa Sede (184), que pulverizó los errores de Lutero y de Galvino (185) de Bayo y de Jansenio (185), que proporcionó anticipado correctivo contra los innumerables errores que en su desarrollo y descomposición había de producir el protestantismo, esa herjía, que si muerta en rigor, aun con su podredumbre inficiona la atmósfera europea. En los escritos de Suárez hallaréis la razón teológica y científica, la importancia religiosa y social de esos grandes remedios morales y divinos, con que la Iglesia ha sabido acudir a los grandes males de nuestro siglo con tanta gloria del inmortal Pontífice que hoy ocupa la Catedra' de San Pedro, definiendo dogmáticamente la Concepción Inmaculada de María (186) y la infalibilidad pontificia (187), condenando todos los errores modernos y acogiéndose bajo el especial patrocinio del Patriarca San José (188); todo esto lo hallaréis previsto, razonado y por decirlo así, preparado en los escritos de un ingenio tan superior; y en una palabra, en ellos encontraréis el rico y completo conjunto doctrinal de la escuela verdaderamente católica, de esa escuela que la ignorancia y malicia

combatiese y resolverse satisfactoriamente por las doctrinas de este gran filósofo, jurista y político cristiano, como le ha llamado, entre otros, un escritor francés moderno (194). En su tratado " De las leyes ", tan útil y necesario para todo jurisconsulto, así en lo civil como en lo canónico, aprenderéis los verdaderos principios del derecho natural, las más exactas nociones sobre el origen y naturaleza de la sociedad (195), y sobre la autoridad y poderes públicos; allí hallaréis el sólido fundamento de las libertades populares (196); allí el verdadero concepto de la ley, la recta filosofía de la legislación, tan vulnerada y desnaturalizada teórica y prácticamente desde Bentham y Montesquieu hasta nuestros días (197). En su " Defensa de la fe católica ", donde con tanto celo, saber y elocuencia abogó por la libertad de la Iglesia y de los pueblos contra las pretensiones de la tiranía, aprenderéis cuán íntima e indisolublemente se hallan unidas entrambas libertades (198). En una palabra, en los impercibles escritos de Suárez hallaréis con toda distinción y seguridad el norte y rumbo que debe seguir la nave social para resistir victoriosamente las diversas olea-

das del cesarismo y de la revolución; en ellos hallaréis las verdades salvadoras y los principios vitales que pueden vivificar y regenerar nuestra sociedad corrupta y decadente. Estudiad, pues, estudiemos todos tan luminosos escritos, y habremos merecido bien de la ciencia, de la Iglesia, de la sociedad y de esta ciudad insigne, tan ilustrada por el ingenio, la sabiduría y la santidad del Doctor Eximio. He dicho.



(1) "España atraviesa el más miserable período de toda su larguísima historia"; D. Antonio Cánovas del Castillo en su prólogo a los "Oradores Griegos" por Arcadio Roda, Madrid, 1874.- "Nuestros padres eran mejores y más varoniles (que nosotros); D. Francisco de P. Canalejas en un Discurso leído ante la R. Academia Española en la sesión pública inaugural de 1875.

(2) Laménais en su " Essai sur l'indifference en matière de religion " parte II, cat. 2º

(3) " Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo", libro I cap. 1º

(4) Sobre la decadencia de Francia bajo la influencia de los librepensadores y enciclopedistas puede consultarse al conde de Maistre, Edmundo Burke, Laménais, Grotineau-Joly, Alzog, Gauze, etc.

(5) Véase al P. Zavallos en su obra " La falsa filosofía crimen de estado", Madrid, 1774, passim.

(6) Véase a D. Leandro Pz. de Moratín en su celebrada alegoría " La carrota de los pedantes "

(7) Véase el libro titulado " Los eruditos a la violeta," o " Curso completo de todas las ciencias, dividido en siete lecciones para los siete días de la semana..... compuesto por D. Joseph Vazquez, quien lo publica en obsequio de los que pretenden saber mucho estudiando poco." Madrid, 1781.

(8) En su novela ejemplar " Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, etc.

(9) Los testimonios de estos escritores pueden verse en la conocida "Historia de la Compañía de Jesús", por Cretineau-Joly, tomo VI, cap. 1.^o y VII cap. 5.^o

(10) En su obra "De la instrucción pública en España, tomo I

(11) En su "Genio del Cristianismo" y en un pasaje de sus "Misceláneas", citado por Cretineau-Joly.

(12) En su "España bajo los reyes de la casa de Borbón", tomo V

(13) Véase al P. Yurami en su curioso opúsculo "Juz brillante" Cadiz, 1814 y las "Cartas críticas del Filósofo Rancio", tomo IV, p. 361

(14) En lo que va de siglo han quedado suprimidas las Universidades de Avila, Almagro, Toledo, Baeza, Oñate, Palma de Mallorca, Gandía, Osma, Orihuela, Sahagún, Tarragona, Palencia, Osuna, Sigüenza, Monforte de Lemus, Lérida, Huesca, Gerona, Irache, cerca de Estella, Pamplona, Murcia y La Laguna, (Canarias) y alguna otra. Añádase a esto la decadencia de los seminarios eclesiásticos, faltos de recursos y algunos cerrados por la revolución durante muchos años.

(15) Véase a Eizaguirre en su obra "El Catolicismo en presencia de sus disidentes" tomo II cap. 23

(16) De esta destrucción, que aun no ha cesado, pueden dar fe muchísimos que aun viven. Véanse además algunos autores costáneos, como el mencionado Eizaguirre, Jiménez Serrano (Libro del Artista y del viajero en Granada, pag. 159), al Dr. Mateos Gago (La cuestión de los derribos en Sevilla), etc.

(17) Lamentábalo ya hacia el año 1811 el ilustre dominico Fray Francisco de

Alvarado en sus mencionadas " Cartas críticas ", t. I pag. 102 y 103.

(18) D. Vicente Barrantes en su " Discurso de recepción en dicha Real Academia.

(19) Salustio; " De bello Catilinario "

(20) Asegúranlo no sólo filósofos españoles modernos como el mencionado Sr. Canalejas en sus " Estudios críticos de filosofía, política y literatura " sino los escritores extranjeros menos afechos al Catolicismo como Romey y Quinet.

(21) Cuyos nombres y méritos apuntó con fruición el historiador granadino Francisco Bermúdez de Pedraza, Recuérdalo también el insigne Marqués de Gerona en su artículo " El Doctor Eximio "

(22) Los padres de nuestro héroe fueron D Gaspar Suárez de Toledo, de nobilísima estirpe castellana y D^a Antonia Vasques de Utiel, también noble por su linaje y sobre todo honestísima señora.

(23) Al trazar el presente elogio académico de Suárez, he consultado, además de otras fuentes que se indicarán oportunamente, el libro titulado " El Eximio Doctor y venerable Padre Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús en la fiel imagen de sus heroicas virtudes " por el Padre Bernardo Sartolo, de la misma Compañía, Catedrático de Teología en su Real Colegio de Salamanca y Calificador del Santo Oficio, Salamanca, 1693; la breve " Vida de Suárez " que se halla al frente de la colección de sus obras, publicada en Venecia; y el " Nomenclator literarius recentioris Theologiae catholicae ", publicado por el Padre Hugo Hurter, S. J., catedrático de filosofía y teología en la Universidad de Inspruck, Ib 1872, pag. 255 a 264. El que desee más amplias noticias, puede consultar la vida de nuestro personaje, que se halla en el

- 6 -

tomo de sus obras, que contiene el tratado "De angelis" (Lyon, 1671), la ya mencionada del Padre Sartolo; el libro del moderno alemán Werner titulado "Franz Suárez"; los estudios biográficos y bibliográficos de los Padres Algambe, Sotwell y Backer, citados por Sartolo y Hurter, etc., etc.

(24) Es de notar que este varón apostólico, viendo una vez a Suárez, que a la sazón estudiaba filosofía en el Colegio de Salamanca, dijo a los circunstantes, señalándolo con el dedo: "¿Ven aquel hermano? pues ha de ser ornamento de la Compañía, y Dios ha de ilustrar por él a su Santa Iglesia". Estas palabras proféticas fueron escuchadas con asombro, puesto que Suárez hasta entonces no había dado muestra alguna de ingenio ni capacidad para los estudios, teniéndole todos por inepto. Véase a Sartolo, lib. I, cap. 11.

(25) En su mencionado "Colequio"

(26) Acerca de estos discípulos insignes de Suárez, véase a Sartolo, pag. 81, 106 y 112.

(27) D. Adolfo de Castro en su introducción a las "Obras escogidas de filósofos", publicadas en la "Biblioteca de autores españoles" pag. LXXXV, el P. Zaferino González en sus "Estudios sobre la filosofía de Sto. Tomás, etc.

(28) Fray Miguel de San José, en su "Bibliografía crítica", art. "Franciscus Suárez".

(29) Véase Sartolo, lib. II, cap. 9, 15, 16, 17, 18, 19, y libro III, cap. 1 a 7.

(30) Véase Sartolo, pag. 281, 282, 291, 292

(31) Véase la hermosa carta que Suárez escribió al Papa Clemente VIII en

Sartolo, pag. 187 a 189

(32) Véase a Sartolo, lib. III cap. 8 y lib. IV cap. 2. Suárez rehusó por tres veces el capelo cardenalicio que le ofreció Paulo V, y que Felipe III le persuadió aceptase.

(33) Sartolo, pag. 217

(34) Sartolo, pag. 233, Hurter, pag. 261, nota.

(35) Hurter, pag. 257. Véase también a Sartolo, lib. IV, cap. 2, 3, 4, 9, y 10.

(36) Elámóle así D. Fray Angel Manrique, Obispo de Badajoz y ornamento de la orden del Císter, citado por Sartolo, pag. 452.

(37) Véase a Sartolo, lib. IV, cap. 9 y 10

(38) Véase a Sartolo, lib. IV, cap 11, 12 y 13. De las heriocas virtudes y san tidad de Suárez trata Sartolo extensamente en todo el libro IV de su obra.

(39) Véase el pasaje de Fray Paulino Bernardino, de la orden de Santo Domingo y maestro de teología en el convento romano de Minerva, citado por Sartolo, pag 453 y 454. " A multis vocatum in dubium est, doctiorne esset Suárez an sanctior " Hurter, pag. 257.

(40) El Padre Luis de Valdivia, citado por Sartolo, pag. 460.

(41) Véase Sartolo pag. 385

(42) Hurter, pag. 258

- (43) Hurter, pag. 238, y con la debida extensión, Sartolo, lib. IV, cap. 20 y 21, titulados " De su entrañable y suavísima devoción a María Santísima.- De los desvelos de Francisco en obsequio de la Santísima Virgen y del premio que por ellos goza ". Con semejante fervor el célebre compositor Hayden acudía a María Santísima en sus dificultades, y según él mismo cuenta, no concluía la devoción del Rosario sin sentirse maravillosamente inspirado.
- (44) Véase a Sartolo, lib. I, cap. 14 y 15.
- (45) Fray Pedro Martín, citado por Sartolo, pag. 453.
- (46) Refiérelo el venerable Padre Luis de La Puente, en el cap. 26 de la Vida del Padre Baltasar Alvarez, citado por Sartolo, pag. 65 y 66.
- (47) Sartolo, lib IV, pagg- cap. 19
- (48) Jiménez Serrano, obra citada.
- (49) El Marqués de Gerona, en su cit. art. Véase a Sartolo, pag 239.
- (50) Sartolo, 241 y 242
- (51) Véase a Robrbacher en su magnífica " Hist. univ. de l'Eglise Catholique lib. LXXXVII. parr. 2 y pag 78 del tomo XIII, de la edición de París, 1869.
- (52) Sartolo pag. 269
- (53) Véase esta carta en Sartolo pag. 242

- (54) Véase este breve en Sartolo, pag. 286
- (55) Sobre todo este importante episodio de la vida de Suárez, véase a Sartolo, pag. lib. III, capl. 12, 13, y 14 y Hurter pag. 261
- (56) Rohrbacher, lib. LXXXVII, parr. 4
- (57) Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vovis odio habuit., Ev. 1
sec. Joannem, capl XV. v. 18
- (58) Véase a D. Vicente Fernández Valcárcel (que escribió a fines del siglo pasado) en sus "Desengaños filosóficos " Tomo IV cap. V. pag. 225
- (59) Según recuerda un autor moderno, Jacobo Revius, Jefe del Colegio teológico de Leiden, maltrató mucho al Doctor Eximio en el grueso volumen que publicó, titulado " Suárez repurgatus sive Syllabus Disputationum Metaphysicarum Francisci Suárez " Leide, 1643. en 4º
- (60) El Cardenal Aguirre en su primer tomo sobre San Anselmo citado por Sartolo, pag. 458
- (61) Hurter, 257, y más largamente Sartolo en el lib. III capl. 19 " De los ejemplos de virtud que dió en esta postrera enfermedad", y cap. 20 " De su felicísimo tránsito.
- (62) Sartolo, pag. 288 a 289. Véase además en los cap. 21 y 22 del lib. III donde trata extensamente de sus solemnísimas y multiplicadas exequias. He aquí el epitafio de Suárez según lo trae Sartolo
- (63)

Doctore Francico Suárez, e Societate Jesu

In Conimbricensi academia professori primario emeritique

Viro virtutibus acque máximus ac Scientiis insigni;
Trium ac diginti voluminum editione
Philosophia ac Theologia illustrati;
Die XXV. Septembris ÆniM.DC.XVII ad veram vitam progresu
Magno Magistro suo et Patre amantissimo
D. Antonius de Castro
In amoris et observantiæ monumentum.

- (63) He aquí el catálogo sucinto de las obras de Suárez, según se hallan en la edición de Venecia, años 1740 a 1757.
- Tomo I Commentaria ac disputationes in I.^m partem. D. Thomae de Deo uno et trino
- Tomo II Com. in I.p. D. Thomae de Deo effectore omnium creaturarum (De Angelis)
- Tomo III De opere sex dierum ac de anima.
- Tomo IV Tractatus 5 ad uno, dos de D. Thomae de ultimo fine hominis ac beatitudine, de voluntario et involuntario, de humanorum ac tuum bonitate et malitia, de passionibus et habitibus, de vitis atque peccatis.
- Tomo V Tractatus del Legibus ac Deo legislatore.
- Tomo VI De Divina Gratia pars I
- Tomo VII De Divina Gratia pars. II
- Tomo VIII De Divina Gratia pars. postrema.
- Tomo IX Tractatus Theologicus de vera intelligencia auxilii efficacis ejusque concordia cum libero arbitrio. Obra póstuma escrita en defensa de las definiciones dogmáticas publicadas por Inocencio X contra Jansenio y sus parciales.
- Tomo X Varia opuscula theologica; I. De concursu, motione et auxilio Dei. II De Scientia Dei futurorum contingentium. III De auxilio Dei efficaci. IV De libertate divinae voluntatis. V. de Revivistentia meritorum. VI De justitia Dei.
- Tomo XI Opus de triplici virtute theologice, fide, spe ac charitate.
- Tomo XIII a XV. De virtute et statu religionis.
- Tomo XVI De Incarnatione, pars. I

- Tomo XII De Incarnationem , Pars. II (Mysteria vitae Christi)
Tomo XVII De Sacramentis, pars. I
Tomo XIX De Sacramentis, pars. II
Tomo XX De censuris in communi, ex communicatione, suspensione et interdicto, intenque de irregularitate disputationes,
Tomo XXI Defensio fidei Catholicæ et Apostolicæ adversus Anglicanæ Sectæ errores, etc. (v. supra, pag. 15)
Tomo XXII Metaphysicarum disputationum, in quibus et universa Theologia naturalis ordinati traditur et quæstiones ad omnes, XII Aristotelis libros pertinentes accurate disputantur, pars. I
Tomo XXIII Metaphysicarum disputationum, etc. pars. II. Tal es el orden que guardan los escritos de Suárez en los veintitrés volúmenes de la mencionada edición. A ellos debo añadir las seis opúsculos inéditos publicado en Bruselas año de 1859, como suplemento a la edición parisiense de 1856 (en veintiocho tomos) por el sabi Abate Malou, a saber; 1ª. Commentarium in decretum Clementis VIII circa confessionem et absolutionem in absentia datas et in capitulum " Multiplex de poenitentia sumptum ex S. Leonis ep. 89, cum concordia eorumdem canonum; 2ª Tractatus de confessionem peccatorum ab ipso poenitente facienda; 3ª Epistola ad Clementem VIII P. M. et epistolæ subjuncta ejusdem apologia etc.; 4ª Disertatio utrum B. Virgo fuerit sanctificata in primo instantæ conceptionis atque adeo ab originali peccato preservata; 5ª Liber secundum et tertius de inmunitate ecclesiastica a Venetis violata et a Pontifice juste ac prudentissime defensa; 6ª De Virginibus anglis e patria profugis et communem vivendi formam ac religiosæ vitæ proxima amplexis. Síguense varias cartas del P. Suárez escrividas con motivo del entredicho de Lisboa a año 1617. Quien desee conocer detenidamente el asunto de cada una de las obras de Suárez y sus diversas ediciones, consulte a Backer y Werner, citados por Hurter, pag. 260, nota.

(64) Según Hurter, pag. 262; mas según Sartolo, que escribía por los años de 1690, se contaba ya diez y siete ediciones " Volando desde España a todas las

provincias de la cristiandad, que se han ,ostrado no menos avarientas de este tesoro que de los que producen nuestras Indias ", pag. 448.

(65) El Padre Zeferino González, en su " Hist. Philos. " , sobre las doctrinas y méritos filosóficos de Suárez, Véase a D. Miguel Sánchez en su Curso d Teología Dogmática, pag. 101 y 102.

(66) Rohrbacher, lib. LXXXVI. repítelo el excelente " Nouveau Dictionnaire d'Hist. y de Geographie" publicado por Campon y otros, París 1866.

(67) Véase a D. Miguel Sánchez en su citada obra, pag. 104 y siguientes. Advierte este autor que el famoso Padre Gabriel Vasquez, enseñó y escribió mucho acerca del congruismo, pero que su autoridad, aunque tan eminente, aparece del todo oscurecida por la celebridad de Suárez.

(68) Véase a Sartolo, lib. I cap. 16

(69) En su "Teatro de las Iglesias y Ciudades de España " Lib. III cap. 2º, citado por Sartolo, pag. 105

(70) Sartolo, pag. 99.

(71) Carvantes en el mencionado " Coloquio "

(72) Sartolo, pags. 107 y 108

(73) Sartolo, pag. 109

(74) Hurter, pag . 257

(75) Sartolo, pag 206. Tampoco debo callar lo que refiere el mismo Sartolo,

pag 446, que poco tiempo antes, al pasar Suárez por la ciudad de Avignon, al regresar de Roma, se conmovieron todos sus habitantes, acudiendo con afán a ver y contemplar a un hombre tenido por la maravilla de su siglo.

(76) Sartolo pag. 122

(77) Hurter, pag 257

(78) Sartolo, pag. 297, 298, 450 y 451

(79) Sartolo, pag. 290 y 291.

(80) Werner, citado por Hurter, pag. 258 y 259, nota.

(81) Sartolo, pag. 139 y 445

(82) Sartolo, pag. 289

(83) Sartolo, pag. 377

(84) Véase Sartolo pag. 128

(85) Véase Sartolo, lib III cap. V y pag. 307

(86) Fray Francisco de Santa María en su Crónica del Carmen Descalzo. Citado por Sartolo, pag 451.

(87) Sartolo, pag. 444 y 449

(88) Véanse las palabras de Paulo V en Hurter, pag 263.

- (89) En su obra "De synodo diocesis", lib. II, cap. 6 num. 4.
- (90) Sartolo, pág. 449 y 450 .
- (91) Idem, pág. 429 y 452.
- (92) Citado por Sartolo, pág. 425.
- (93) Idem pág. 452, 455 y 456.
- (94) Idem lib. IV; cap. 28 "De los elogios con que han honrado los sabios al Padre Suárez.
- (95) Hurter, Pág. 258 y 259.
- (96) Véase a Sartolo, lib. IV, cap. 28, 29 y 30.
- (97) Sartolo , pág. 461; Hurter, pag. 258, nota.
- (98) A Autor del siglo XVIII en su "Jus ecclesiasticum universale".
- (99) Citado por Sartolo, pag. 468.
- (100) *Juris naturae et gentium principia et officia ad Christianae doctrinae regulam exacta et explicata a Doctore Eximio Francisco Suárez Soc Jesu digestit no stique perpetuis illustravit Joannes B. Guarini, S. J., Panormitanus, Ethicae professor, etc. Palermo 1758.*
- (101) Hurter, pág. 263 y 264.
- (102) Véanse estos elogios más extensos y circunstanciados en Sartolo, lib. IV, cap. 28.

- (103) D. Nicolás Antonio, art. "Franciscus Suarez".
- (104) En su obra " De jure parochorum", Madrid 1767.
- (105) Sartolo, ubi supra.
- (106) En sus "Dissert. histor. theolog.
- (107) Sartolo pag. 455. Entre los trinitarios que han elogiado grandemente a Suárez, merece señalada mención Fray Miguel de San José, censo que fué de la Universidad pontificia La Sapienza, en su Bibl. crit sacra et profana, Madrid, 1740, donde dice que nuestro granadino fué llamado con hasta razón milagro de sabiduría y otro San Agustín.
- (108) Sartolo, pág. 456
- (109) Véase Sartolo, pág. 455.
- (110) En sus Vindic august., citadas por Hurter, pág. 258.
- (111) Sartolo, pág. 454.
- (112) Idem, pág. 456.
- (113) Llamóle tambien "Doctor de una esfera superior," "Doctor Superioris sphaerae" Véase Sartolo, pág. 443 y 444, y Hurter pág. 258.
- (114) En su obra " De poenit", lib. VIII cap IV cit. por Benedicto De syn dioc lib. VII cap. 23 y por Hurter , pag. 255, nota.
- (115) Citado por Feller, Biog. univ., II, 74.

- (116) Primæ notæ theologum. Hurter, 259, nota.
- (117) En sus "praelectiones theologic. dogm., polem schol.
- (118) En su "trutina theologia", citada por Hurter, pág. 259.
- (119) En su "agustinianum sistema de gratia vindicatum, dis. I cap. 1.º parr. 2, núm. 2.
- (120) En su citada obra lib. VI, c. 11, lib. VII c. 13 y lib. XI. c. 6.
- (121) Auberti Miræi Bruxelensis Bibl. Eccles. pars. II de scriptoribus seec. XVII. Dice este autor que Suárez subió a la cumbre de la sabiduría y dejó escritas numerosas obras que summo ingenio, acri iudicio, maximo studio, diuturna lectione et accurata meditatione collegemat.
- (122) Fray Anaclero Reffenstuel, Franciscano de Baviera, en su "Jus canonicum Universum.
- (123) En su gran "Dict. Hist. art. Suárez".
- (124) Loc. cit.
- (125) Loco cit.
- (126) En su mencionado "Libro del artista y del viajero en Granada". Es de advertir que Suárez brilla por su ausencia, como hoy se dice en el catálogo de escritores granadinos que se halla en el art. Granada del volúmenos Dice. Geogr. de D. Pascual Madoz.
- (127) Siguió sus doctrinas en sus Philosophies rudimenta ad usum acad. juv. C Cuatro tomos en 8a.

- (128) En su obra "El protestantismo comparado con el Catolicismo," y otras.
- (129) En sus "Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás, 3 tomos en 8^o, Manila, 1864.
- (130) *Cursus Theologiae dogmaticae auctore D. Michaelis Sánchez, presbytero, Madrid, 1874, pag. 101 a 106.*
- (131) Citado por el Marqués de Gerona.
- (132) En el prólogo y en el cap. 11.
- (133) En su obra "El poder político cristiano" y en sus "Conferencias sobre la razón filosófica y la razón católica.
- (134) Tomo VI, cap. 1.
- (135) Hurter, pag. 256, nota y 259.
- (136) En su "Comp. Theol. moralis" (cuadro de autores citados.
- (137) En su apéndice a la Pastoral de Monseñor Manning, traducida del inglés al castellano.
- (138) En su "Historia Universal de la Iglesia y tom. IV, pag. 121 de la versión española.
- (139) En su mencionada "Hist. univ. de l'égliis, lib. LXXVI, donde le consagra un largo párrafo, volviendo a citarle con elogio en el libro siguiente, par. 2. El primer pasaje empieza así: "La Compañía de Jesús tenía entonces tres teólogos justamente célebres: Bellarmine, Suárez y Toledo.

- (140) En varios pasajes de sus obras y señaladamente en el libro de Gaume, "En qué hemos parado?".
- (141) En su magnífica defensa de la filosofía escolástica; Philosophia scholastica expostita et defensa, cuya versión francesa se halla en la Biblioteca de esta Universidad.
- (142) Cítale como autoridad, en su "Tratado de la belleza", y para combatir la doctrina de Kant sobre la división de las facultades del alma, en otro libro intitulado "Das Gemuth und das Gefühlsvermögen der neuen Psychologie".
- (143) En sus "Praelectiones theologicas y otros escritos.
- (144) En sus "Institutiones philosophicas" (especialmente en la parte titulada "Elementa juris naturalis") y en su obra "La Chiesa e lo Stato".
- (145) En su notabilísimo ensayo de Derecho natural apoyado en los hechos, traducción del Sr. Ortí y Lara.
- (146) En sus Instit. Philos. este autor, según me lo ha indicado el Sr. Ortí y Lara, ha adoptado la opinión de Suárez en la espinosa cuestión de si la esencia se distingue realmente de la existencia en las cosas criadas, resolviéndose como él por la negativa.
- (147) En su "Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata; obra de primer orden que dejó sin concluir el insigne canónigo y Profesor napolitano.
- (148) En su "metaphisica de la morale, ossia Etica generale", Nápoles, 1865.
- (149) En su obra "Evangelia dominicarum et festorum totius anni homilisticis explicationibus illustrata.

- (1150) En sus "Lezioni esegetiche e morali sopra i Quattro Evangelii".
- (1151) En su Theologie morale a l'usage des cures et des confesseurs. Paris, 1872.
- (1152) En su obra "Des synodes diocesains (versión francesa)".
- (1153) En su tratado De justitia et jure".
- (1154) En su "Tractatus de principiis juris canonici".
- (1155) En su "Essai de bibliographie du droit canonique."
- (1156) En sus "Instit. Canon. ex operibus Jo. Cardinalis Soglia excerptae.
- (1157) En su excelente obra " Sacerdotium et imperium, seu jus publicum civile ecclesiasticum," Romae, ex typ. polygl. Sacrae Congrég. de propaganda fide 1875.
- (1158) En su "novum manuale completum juris canonici universi" y en su "Teologia moralis universa, ambas obras dignas de tan insigne autor.
- (1159) Canonigo de San Pedro in Vaticano y profesor de la Sapienza, en su Derecho público de la Iglesia y de las naciones cristianas, obra que solo conocemos por una versión francesa. Este autor cita y elogia a Suarez, particularmente en el lib. II, tit. 7 y III, tit. 6.
- (1160) En su celebrada obra "Institutiones juris ecclesiastici publici", cuyo conocimiento, al par con el de otras muchas mencionadas en este Discurso, le debo, en honor de la verdad, al ilustrado sacerdote D. Manuel María C| Caro, Catedrático y Vicerrector del Seminario Central de este Arzobispado.
- (1161) Cítanle con elogio y respeto, en e otras revistas modernas, los exce-

Etudes religieuses, historiques et littéraires", publicados por la Compañía de Jesús en París; la "Civitta Cattolica", redactada, como es sabido en Italiano, por escritores del mismo Instituto; y el Católico (Der Katholik) de Maguncia, que según veo en una excelente revista bibliográfica (El Palobibliion de París) ha publicado en 1871 unos estudios titulados la idea de naturaleza pura e íntegra en la escolástica posterior y principalmente en Suárez.

- (162) "Es verdad (escribe Sartolo, pag. 457) que aborreciendo su teología, leen muchos sus metafísicas, pareciéndoles que este es un país neutral, donde pueden discurrir libremente sin encontrarse con la religión. Pero muchos con feliz engaño, buscando en el Doctor eximio la filosofía, han descubierto la verdad católica, y a la luz de su doctrina han conocido los de varios de su secta. Así lo llora Thuisio, calvinista, por estas palabras que son un panegírico del Padre Suárez: "Cuan grande lástima y compasión tengo a la suerte y fortuna cristiana cuando veo que los estudiantes y alumnos de nuestras Universidades usan de tal magisterio en la metafísica para aspirar a las noticias más árduas y sobrenaturales, etc.."
- (163) En su Epist. 154, dirigida a Juan Cordesio, su fecha a 15 de Octubre de 1663, citada por Hurter, p. 255 y 256.
- (164) Vease Sartolo, pag. 457 y 458.
- (165) Guhrauer en el libro titulado Op. Joachim Jungius und S. Zeitalter, Stuttgart, 1850, citado por Hurter, 259, nota.
- (166) Citado por D. M. Menéndez y Pelayo en un excelente artículo publicado recientemente en la Revista Europea con el título de Mr. Maason redivico.

- (167) Salió a luz con el siguiente título "Francisci Suárez tractatus de legibus ad Deo legislatore seu de obsequio legibus divinis debito. Londini, 1697, en folio. Hállase este dato en Moreri, loc. cit. y en el mencionado libro del Abate Crouzet, que a ade: "Cetouvrage est si savant et si estimé que les Anglais même l'ont réimprimé séparément."
- (168) Según el Sr. Menéndez y Pelayo en su citado artículo.
- (169) Citados por Hurter, pag. 256 y 260, notas. Vide etiam a D. Nicolás Antonio, loc. cit.
- (170) Habdo de la edición de Maguncia y Lyon, el diligente Bibliógrafo Brunet escribe: "Cette collection que est toujours recherchée, n'est facile a trouver comp. lere".
- (171) R. P. Francisci Suárez, e Societate Jesu, Opera omnia. Editio nova a D. M. André juxta editionem venetianam accurate recognita. Veneti et Parisiis, Luis Vives, 1855 a 1868, 28 tomos en 4º mayor.
- (172) R. P. Fr. Suárez, S. J. Tractatus de religione Societatis Jesu, auctus et notis illustratus cura R. P. Gueau de Reverseaux, Bruxellie, 1657 in folio
- (173) R. P. Fr. Suárez, S. J. Tractatus de legibus ad Deo legislatore. Parte 1ª y 2ª, Nápoles, 1872, 2 tomos en 8º.
- (174) R. P. Fr. Suárez, S. J. Defensio fidei catholice, etc. parte 1ª y 2ª, Nápoles, tip. del Fibreno, 1872, 2 tomos en 8º. Esta edición y la anterior constan en el Polyblion.
- (175) R. P. Fr. Suárez S. J., Opúscula sex inedita, nunc primum e codicibus romanis, lugdunensibus ac propriis eruit et præfationibus instruxit Joannes Malou episcopus Brugensis, Bruselas, 1859. gr. in 8º.

- (176) Fray Paulino Bernardino, de la orden de Predicadores, citado por Sartolo, pag. 453 y 454
- (177) *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus.* Psalmo 138, v. 17
- (178) "DE la imitación de Cristo " lib. I cap. 3
- (179) D. Adolfo de Castro, en su citada " Introd" pag. CXLV y siguientes.
- (180) Citado por D. Nicomedes Martín Mateos, en su estudio sobre los místicos españoles.
- (181) En su obra " De los nombres de Cristo "
- (182) En su " Exaltación de la Cruz " jornada I, esc. 12
- (183) Palabras del Sr. Marqués de Molins
- (184) En su " *Defensio fidei catholicae* " y en otros escritos. Véase sobre este punto a Alzog, Rohrbacher, Sánchez, etc.
- (185) En sus tratados de " *De divina gratia* " etc. Véase particularmente el tomo IX de la edición de Venecia.
- (186) En su tratado " *De incarnatione* ", pat. II (in III partem D. Thomae quest. 27
- (187) " *De fide* " disp. 5ª y 20ª
- (188) Suárez realzó las excelencias y prerrogativas de San José en su mencionado trabajo " *De Incar.* " , parsII, quest. 29, disp. 8, sect. 1ª y 2ª.

- (189) Llamándola " Ultramontana y neocatólica " . Véase Sánchez, pag. 103
- (190) Véase A. Sánchez, al exponer en este punto la doctrina filosófica de Suárez.
- (191) Conforme a aquella enseñanza del apóstol de las gentes: " In captivitate redigentem omnes intellectum in obsequium Christi;" (II Cor. X, 5)
- (192) En su prólogo a las " Disp. Metaf. " dice Suárez: " Ita vero in hoc opere philosophum ago ut semper tamen prae oculis habeam nostram philosophiam debere christianam esse ac divinae Theologiae ministram. "
- (193) Véase al Padre Zeferino en sus mencionadas " Estudios ", III, 37, 318 y alibi.
- (194) Luis Baintaine en su citada obra.
- (195) Véase a Balmes en su citada obra, tomo II; cap. 49.
- (196) Hablando de Santo Tomás y de Francisco Suárez, Baintaine en el cap. XI (De las leyes civiles) dice así : et ce qui étonnera sans doute ceux qui ne connaissent ces hommes illustres que de nom et que les jugent peut être sur les robes, ces deux grands théologiens qui sont aussi des "profonds politiques" ont posé et professé dans le sujet qui nous occupe des principes "traitement libéraux " . También le elogia por haber combatido las pretensiones del casarismo, Pallotini en su citada obra, parte II, cap. 1.º y Andriolo ubi supra, lib. II, tit. 7 (Al tratar de los orígenes del sistema representativo).
- (197) Por lo mismo en las doctrinas de nuestro eminente jurisconsulto se hallará suficiente correctivo contra el dañado espíritu de los modernos legisladores, que prodigios en falsear y multiplicar las leyes, nos recuerdan aquella

sentencia de Tácito: "Corruptissima republica plurimae leges".

(198) Ya lo advirtió el eminente historiador francés Rohrbacher, llamando "populares" las doctrinas políticas emitidas por Suárez en la mencionada obra y defendidas por Felipe III. " El año 1613 (dice) Felipe III, rey de España, hizo la apología de las doctrinas populares de Suárez contra el Rey de Inglaterra Jacobo Stuardo, lo cual ciertamente no prueba que los Reyes de España no fuesen tiranos no déspotas ni los españoles un pueblo servil. Así la España pasó con honor y gloria del siglo XVI al XVII.
